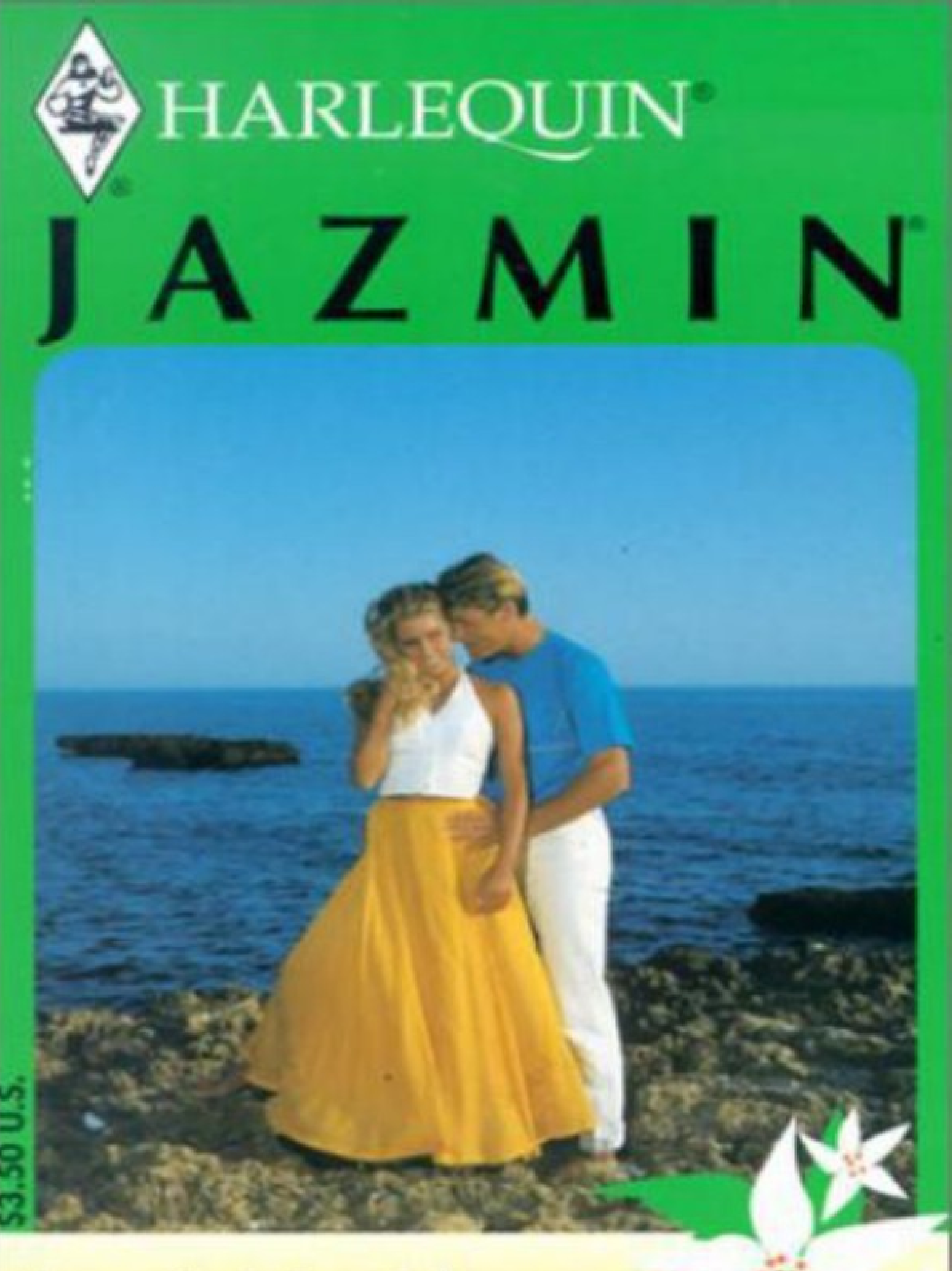


Los principios del amor

Day Leclaire

Los principios del amor

Madison no acostumbraba hablar de amor con desconocidos, pero encerrada en una ascensor durante horas y a oscuras, se encontró contando sus emociones más íntimas a Harry Jones. Cuando por fin los rescataron, no quedaba ningún secreto que desvelar entre ellos…

¿O quizá sí? De pronto, Maddy empezó a pensar que se acercaba su cumpleaños y que era posible que su familia, en su empeño por buscarle marido, le estuviera preparando a Harry como regalo perfecto. Si eso era cierto, ¿estaría él dispuesto a convertirse en un marido de regalo?, ¿y se rendiría ella ante tal ofrecimiento?

PRÓLOGO

HARRY Jones estaba sentado en su oficina, del tamaño de una casa pequeña, tratando de controlar el caos que había. Todos los socios y directores de departamento se agolpaban ante su escritorio, cada uno con su problemaa particular y todos de suma urgencia.

La línea privada de su teléfono comenzó a sonar. Respondió, atrapando el auricular entre la oreja y el hombro.

-Cuéntame -dijo.

-¿Estás muy ocupado? -le preguntó su padre.

Harry miró hacia la puerta y fue todo lo que necesitó para que todos obedecieran su silenciosa orden y salieran de su oficina.

-¿Qué pasa, papá? -preguntó.

-Tengo algo que quizá te interese.

Harry se apoyó sobre el respaldo de su sillón de ejecutivo.

-Te creo. Siempre consigues las más increíbles piezas de información.

-Es mi trabajo, ¿recuerdas?

-Vaya. Pensé que tu trabajo era promocionar Los diez principios del amor. Por cierto, ¿qué tal va la campaña de venta? ¿Dónde estás, en Seattle?

-En Portland. Mañana vamos a Seattle. El viaje está resultando estupendo. No me lo había pasado tan bien en mi vida. Tenías razón cuando decías que eso de estrechar manos y de hablar en público era lo mío. Creo que, en el fondo, soy un vendedor frustrado -hubo una larga pausa, y por fin Bartholomnew volvió a hablar-. Pero no es por eso por lo que te llamo.

-Me lo imaginaba. Cuenta.

-He recibido un intrigante documento que pienso podría interesarte.

-¿Puedes mandarme una copia por fax?

-Solo si es a tu línea privada. No quiero que nadie más lo vea.

-¿Por qué?

-Tiene que ver con los Sunflower.

-Maldita sea, papá. Ya sabes que no quiero verme envuelto en tus relaciones personales.

-Pero esto es sobre Sunny y su nieta, Madison. Creo que cuando lo leas te decidirás a venirte conmigo a Seattle.

-¿Es tan urgente?

-Sí, lo es. Vamos, hijo, utiliza algo de ese poder que tienes. Delega en alguien los asuntos pequeños y ayúdame en esto.

-Yo no tengo asuntos pequeños -respondió Harry secamente.

-De acuerdo, había olvidado que mi hijo es Harry Jones, un

economista genial y mediador en conflictos de empresa -dijo el padre con cierto tono de sorna-. Admiro tus cualidades.

-Soy todo eso, además del terror del mundo financiero, así que ándate con cuidado tú también -bromeó Harry, y Bartholomew se rio.

-De acuerdo, lo tendré en cuenta. Escucha, échale un vistazo a lo que te envío y decides por ti mismo. Algo me dice que llegarás en el próximo vuelo a Seattle.

Cinco minutos después, llegó el fax. Harry se sentó ante su escritorio a leer la información y descubrió que su padre tenía razón.

Estaría allí con el próximo avión.

CAPÍTULO 1

Los diez principios del amor de Bartholomew Jones.

Principio 1: A veces el amor surge a primera vista

MADISON Adams contestó la llamada, dándole con dinamismo a la tecla de conexión.

-¿Sí?

-¿Madison?

-Hola, tía Dell. ¿Te has vuelto a perder?

-Siento molestarte.

-No me molestas -le aseguró Madison, con total sinceridad-. Por esto cobro mucho dinero.

-No tiene nada que ver con el dinero y las dos lo sabemos. A ti te encanta cuidar de todos nosotros, y lo sabemos, ¿verdad, cariño?

Madison hizo una mueca.

-Tengo que admitir que es mucho más que un trabajo. Es una vocación. Ahora descríbeme la zona en la que estás. Supongo que no ves ningún cartel con el nombre de la calle.

-Te vas a sentir orgullosa de mí. Estoy en la esquina de la calle Unión con la Quinta avenida.

-Esta vez me lo has puesto fácil, tía Dell. Levanta la mano y para un taxi.

-Verás... Madison suspiró.

-¿No tienes dinero?

-Me reservé lo suficiente para volver a casa, pero en el último momento...

-Ya. Bueno, espera un momento, que tengo otra llamada -le dio al botón parpadeante-. ¿Sí?

-Harley tiene una urgencia.

-Harley siempre tiene una urgencia. ¿Qué es esta vez?

-Algo relacionado con un Mercedes y una oferta limitada.

-Dile que eso no es una urgencia. La sangre y las heridas sí lo son. Los coches se tratan en la reunión y son temas considerados de interés mínimo -le dijo a su ayudante.

-Si le digo eso, no vendrá a la reunión.

-Bien, entonces ya no tendremos que preocuparnos por esas emergencias relacionadas con un Mercedes. Escucha, acabo de dejar el apartamento de Sunny y voy hacia la oficina. Pero necesito que hagas algo antes de que yo llegue allí. Llama a la compañía de taxis para que pasen a recoger a la tía Dell en la esquina de la calle Unión con la Quinta avenida. Que pongan los gastos en mi cuenta y que añadan una sustanciosa propina.

-Entendido.

Madison volvió con su tía.

-¿Tía Dell? Ya te he mandado un taxi.

-Gracias, querida.

-De na...

Por tercera vez aquel mes el teléfono se le había cortado, dejando de funcionar sin razón aparente. Había habido un montón de protestas de la familia la última vez, porque no habían podido ponerse en contacto con ella. Por suerte, en aquel momento estaba a solo unos minutos de su oficina.

Llamó al ascensor y centró su atención en el libro que le había dado su abuela, Sunny, durante la comida. Tenía cinco minutos antes de llegar a la oficina, de los cuales solo tuvo que usar dos para leer y formarse una opinión.

-Esto es lo peor que he leído jamás -murmuró Madison-. ¿Cómo puede haber alguien que compre esta estupidez?

Un ligero tintineo anunció la llegada del ascensor.

Madison pasó de página y se metió dentro.

-No sé en qué está pensando Sunny. «El amor puede surgir en el momento menos apropiado. Cuando eso ocurre, no hay nada que uno pueda hacer, solo dejarse llevar por su fuerza» -leyó.

El ascensor comenzó a subir y los números se marcaban a toda prisa. Ella frunció el ceño. Aquella no era la dirección que ella quería tomar. Había cometido un error y no le hacía ninguna gracia. Estaba a punto de protestar en voz alta, cuando el ascensor se detuvo y las luces se apagaron.

-Definitivamente, este no es mi día -protestó ella.

-Tampoco el mío -añadió una voz profunda y masculina.

El sonido la sobresaltó. Había estado tan imbuida en la lectura del libro, que no había reparado en que había alguien más en el ascensor.

-Es increíble que en un edificio nuevo tengan un ascensor que funciona mal -dijo ella.

-Quizá sea por eso. Puede que no hayan tenido tiempo de solucionar todos los errores.

Madison volvió a fruncir el ceño.

-Si ni siquiera iba en la dirección adecuada.

Él se quedó un momento en silencio, digiriendo aquel último comentario.

-Los ascensores solo van en la dirección equivocada si uno no se preocupa de mirar la flecha del que va a tomar.

Era una observación razonable. Era cierto que no había prestado atención, y no era la primera vez que le sucedía. Tendría que tomar

nota para otras veces y prestar más atención. Bueno, en realidad, no era que no prestara atención, sino que tenía una increíble capacidad de concentración. Por desgracia, tendía a no enterarse de todo lo que no estuviera directamente relacionada con el asunto del que estuviera ocupándose en cada momento.

Las luces de emergencia se encendieron e inundaron el ascensor con una luz ámbar. Madison se volvió hacia su compañero de desgracia, en el momento en que la misma luz se apagaba de nuevo.

-Espero que no seas de las que gritan -dijo el hombre.

-No, no lo soy -dijo ella, tratando de calmar su nerviosismo-. Soy la persona más práctica de toda mi familia.

-Lo cual no es mucho decir, pues depende de la familia.

-Sí, tienes razón, no es mucho decir. Y, para serte sincera, mi familia es el grupo de personas menos practicas que se pueden reunir.

-Vaya -respondió él-. Por favor, dime que tú no eres como ellos.

-No, claro que no.

-Excelente. Ahora que hemos dejado bien claro que no vas a gritar ni a desmayarte, tal vez podamos llamar por teléfono y pedir ayuda.

-No tendrás un teléfono móvil, ¿verdad? El mío ha dejado de funcionar hace un momento.

Ella oyó que él rebuscaba en sus bolsillos.

-Me lo he debido de dejar en la habitación del hotel. De todos modos, no estoy seguro de que haya cobertura aquí.

-Por la suerte que tenemos, lo más probable sería que no. ¿Qué me dices de una linterna, un walkie-talkie o un equipo de rapelar?

-Lo siento. Me lo he dejado todo en la capa de Superman.

El comentario resultó divertido. Le había recordado a su tío Daniel, que sufría complejo de Superman. Aunque no llegaba a ponerse el traje, sí que se dedicaba a salvar a damiselas en problemas que, en general, no necesitaban ser rescatadas. Por suerte, tenían un abogado que les hacía descuento por volumen de casos lo que, dadas las características de su familia, era una ventaja.

Madison tragó saliva y se obligó a sí misma a seguir la conversación.

-Al menos, tienes una capa de Superman, lo que resulta realmente raro hoy en día.

-Digamos que no me ha quedado más remedio. Tiene que haber un teléfono en algún sitio -dijo él, y ella oyó cómo tanteaba las paredes en busca del aparato-. Aquí está.

Madison esperó dos segundos antes de preguntar sobre el

resultado de llamada.

-¿Y bien? ¿Qué dicen?

-Todavía nada.

El silencio se extendió durante ocho interminables segundos más.

-¿Cuándo vienen a rescatarnos? -dijo ella con impaciencia.

-De momento, no vienen. El teléfono no funciona.

-¿Cómo puede ser?

Ella no pudo disimular su voz de alarma.

-Supongo que lo que ha hecho que el ascensor fallara, también ha afectado a las luces de emergencia y al teléfono.

-¿Estamos atrapados? -el impacto de su propia pregunta le sobrevino poco a poco-. Tiene que haber algún modo de salir de aquí.

El se volvió hacia ella.

-Pensé que no eras de la clase de mujeres que sufren ataques de pánico.

-¡No estoy sufriendo ningún ataque de pánico! ¿Cómo puedes pensar que siento pánico? ¿Te da la sensación de que tengo pánico?

-Perdón. Creo que ha sido ese ligero tono de histeria en tu voz el que me ha hecho malinterpretar tu estado.

-No seas ridículo. Jamás en mi vida me he puesto histérica -trató de respirar profundamente, pero, por algún motivo, le resultaba difícil-. Creo que el mecanismo del aire se ha parado. ¿No te parece que hace mucho calor aquí?

-¿Cómo te llamas?

¿Qué tenía eso que ver con la cantidad de aire que les quedaba?

-Madison.

-Yo soy Harry.

Harry. Bien. Era un nombre sencillo, tranquilizador, como Joe. Le gustaba. En aquel momento, necesitaba exactamente aquello.

-Supongo que tu apellido no será Houdini -como chiste era bastante malo. Quizá era la falta de oxígeno, que le estaba afectando al intelecto.

-Mi apellido es...

-Necesito salir de aquí -lo interrumpió ella. ¿Es que aquel hombre no entendía que aquello era agobiante? Había tenido suerte de que se tratara de un tipo mediocre, tranquilo y agradable, pero, por desgracia, carecía de cerebro-. ¡Ahora!

-Pues creo que eso no va a ser posible. Verás, creo que lo mejor es que los dos nos sentemos y nos relajemos. Podemos charlar mientras alguien viene a rescatamos.

-Hablar -ella frunció el ceño-. ¿Eso no acaba antes con el oxígeno?

-No nos vamos a quedar sin oxígeno. Te lo prometo.

Había en su voz un cierto tono jocoso.

-¿Y si estás equivocado?

-Pues, entonces podrás decirme: «¿Lo ves? Te lo dije». Eso si tenemos suerte y hay suficiente oxígeno para decirlo.

Se estaba riendo de ella, estaba claro, y la molestaba.

Todo había salido mal aquel día y no parecía que fuera a mejorar.

Madison se tomó unos segundos para pensar sobre las opciones que tenía. Podía continuar divirtiéndolo con sus miedos o podía dejarse llevar y gritar pidiendo ayuda. Considerando la poca fuerza que tenían sus pulmones en aquel momento, aquella era una opción tan irrisoria como la primera. También podía sentarse y tratar de mantener una conversación razonable y calmada, hasta que alguien fuera a rescatarlos. No tardó en decidirse por aquella última.

Al notar que las piernas le temblaban, optó por sentarse en el suelo del ascensor y apoyar la espalda en la pared. Por el sonido que producía, él debía de estar haciendo lo mismo..

-¿De qué te gustaría hablar? -preguntó ella en un tono de voz que trataba de disimular una claustrofobia que la había tomado totalmente por sorpresa. No entendía aquella irracional sensación.

-Estabas leyendo cuando entraste en el ascensor. Por lo que estabas diciendo, no te gustaba el libro.

-No.

-¿Cuál es el título?

Estaba claro que él estaba haciendo un esfuerzo para trabar conversación.

-Se llama Los diez principios del amor. ¿Cómo demonios se le habrá ocurrido a Sunny ponerse a leer algo así? Es realmente...

-«Estúpido», eso fue lo que dijiste.

-Así que estabas escuchando -lo acusó..

-Era bastante difícil no hacerlo. Estabas hablando muy alto -ella oyó un sonido de tela y dedujo que se estaba quitando la chaqueta. Luego le pareció que se trataba de la corbata-. Si pensabas que el libro era malo, ¿por qué lo compraste?

Tenía una voz preciosa, profunda, oscura, sugerente. En otras circunstancias, se habría sentido encantada de escucharlo.

-Yo no lo compré. Fue un regalo. Lo estoy leyendo porque siento curiosidad por saber qué ha empujado a mi abuela a comprarlo. ¿Ya te he contado lo poco práctica que es mi familia?

-Sí, creo recordarlo. ¿Por qué página vas?

-La tres.

Él se rio y el sonido le produjo a ella un ligero cosquilleo.

-¿Tú crees que en tres páginas puedes sacar una conclusión fiable sobre todo el libro?

-Me bastó con una sola página.

-¿Y qué es lo que te parece mal?

Madison apoyó la cabeza y sintió que el nudo que tenía en el estómago se iba relajando. Hablar la estaba ayudando a tranquilizarse. 0 quizá ese era el efecto provocado por Harry. Había en él una seguridad muy reconfortante.

-A ver, cómo empiezo... -consideró por dónde comenzar su crítica-. Veamos este: «La primera vez que uno pone los ojos en su pareja potencial tiene que haber una química inmediata. ¡Si no hay química, no hay posibilidad de que vaya a haber pareja!». Dime, Harry, ¿cómo se entiende eso? ¿A qué tipo de química se refiere Bartholomew Jones? ¿Cuándo veo a un hombre que me interesa, tengo que chequear mi pulso, mi presión sanguínea y mi temperatura corporal, para ver si hay una respuesta?

-¿Es un test demasiado «clínico» para tu gusto?

-Bueno, para mí ese no es el problema -por lo que ella sentía en aquel momento, Harry provocaba ese tipo de reacción química en ella. Puede que no fuera más que un hombre vulgar, pero le transmitía paz y había logrado apaciguar sus miedos. Además, tenía una voz realmente intensa y sugerente que le alteraba el sistema nervioso-. Sencillamente, es poco práctico.

-Por lo que veo, que algo sea práctico es muy importante para ti.

-Vital -quizá por eso aquel inesperado ataque de claustrofobia le resultaba tan incómodo. La dejaba indefensa en su lucha contra sus emociones.

-¿Significa eso que consideras al amor como algo poco práctico, o que todas las emociones lo son?

-Las emociones descontroladas son poco prácticas -le aseguró ella.

-¿Y el amor?.

-Creo en el amor. Pero tengo problemas con el amor romántico o con el amor a primera vista.

Harry se quedó en silencio un momento.

-¿Cómo piensas que debe ser el amor?

Madison consideró durante unos segundos cuál sería la mejor respuesta a una pregunta así.

Era extraño estar manteniendo una conversación como aquella

con un extraño en un ascensor. Quizá era la oscuridad la que incentivaba a compartir experiencias. 0 tal vez el modo en que Harry había aplacado sus miedos la invitaba a convertirlo en su confidente.

Fuera cual fuera la causa, no recordaba haber tenido jamás una conversación tan sincera con un hombre antes, ni tampoco haberla disfrutado tanto.

-Lo primero es que el amor no puede consistir en una lista de diez reglas publicadas por algún autor lo suficientemente afortunado como para salir en la televisión. Ya de por sí eso determina que su público sea un montón de mujeres completamente infantiles y desesperadas por recibir un poco de amor. Serán solitarias proclives a dejarse engañar por el primer guaperas dispuesto a hacerles una serie de promesas que no pueden cumplir.

-Esa no era mi pregunta. Quiero saber, en tu opinión, cómo funciona el amor.

A Madison le habría encantado en aquel momento haber podido ver la cara de Harry, pues había en su tono una dureza que no casaba con un nombre como el suyo. Si alguien se llamaba Harry, tenía que ser amigable como un cachorrillo y totalmente inocuo con las mujeres.

-El amor es algo que deber ir creciendo con el tiempo. Debe haber una sólida base entre los individuos, confianza mutua, admiración y compatibilidad.

-Al parecer tú también tienes establecidos unos principios.

No estaba muy equivocado.

-Bueno, he pensado un poco sobre ello -admitió.

Quizá había pensado bastante. Incluso había llegado a escribir un borrador sobre cuál sería su hombre perfecto, ese individuoo al que podría llegar a amar con todo su corazón. Era un tema sobre el que le gustaba pensar, pero que jamás habría comentado con su familia. Sin embargo, allí estaba, contándoselo a un completo extraño.

-Como iba diciendo, creo que es necesario que haya una compatibilidad, que el afecto vaya unido a una afinidad intelectual y al respeto. La admiración es más importante que el amor, porque...

-Nunca has estado enamorada, ¿verdad?

Aquello fue una punzada.

-Nunca he encontrado el tipo de amor que el libro describe. Pero tampoco creo que exista. Yo creo que lo que el señor Dones está describiendo es deseo, deslumbramiento, pero no amor.

-Si nunca has experimentado lo que es el amor a primera vista, ¿cómo puedes negar que exista?

-Por mera observación.

-Combinada con una naturaleza tremendamente práctica.

-¿Alguna vez has estado enamorado? -le preguntó ella-. ¿Crees en el tipo de amor que describe Dones?

-Confieso que soy casi tan práctico como tú.

-¿De verdad? -por algún motivo aquello le encantaba. Así que era el tipo de «Harry» práctico que se había imaginado, a pesar de aquella voz profunda y sugerente. Perfecto-. Entonces piensas lo mismo que yo. Ese amor espiritual, que dura para toda la vida, no es más que un mito de necios románticos y de unos cuantos artistas sin escrúpulos.

-No, no pienso eso.

-Me alegro de que estemos de acuerdo... -no, no estaban de acuerdo. ¡Aquel hombre era imposible! ¿Cómo podía alguien decir que tenía una visión práctica de la vida y no estar de acuerdo con ella, especialmente cuando tenía toda la razón? No tenía sentido-. Un momento, ¿cómo puedes...?

-Me reservo mi opinión -la interrumpió él-. Que no haya tenido la experiencia no quiere decir que algo no exista.

-«Piffle».

-¿Cómo?

-Es una palabra que utiliza mi abuela Sunny -dijo Madison-. Me gusta. Tiene un sonido desafiante y describe mi reacción con mucha más precisión que ninguna otra palabra.

-«Piffle» -repitió él.

Madison soltó una inesperada carcajada al oír el modo en que él pronunciaba la palabra.

-Creo que no es una palabra para hombres -dijo ella.

-No, definitivamente no -respondió él.

-Sin embargo, expresa muy bien mis sentimientos respecto a la conversación.

-Respecto al amor, quieres decir, ¿no?

Para ser un hombre inteligente, tenía lapsus considerables. Quizá tuviera tiempo de encauzarlo un poco antes de que cada uno se fuera por su lado.

No es que le gustara estar allí encerrada, pero tenía que admitir que estaba disfrutando de la conversación. Al menos estaba logrando apartar su pensamiento de la situación. ¡Qué hombre tan dulce! Molesto, pero dulce.

-Normalmente me gusta la gente clara y directa -le dijo Madison.

-Pero no tan irritante... Ella se rio.

-¿Debería considerar eso último como una gratificación?

-Yo diría, más bien que son gajes del oficio. Bueno, al menos lo de ser claro y directo lo es. Lo de ser irritante es parte de mi personalidad.

-¿De verdad? ¿Y a qué te dedicas cuando no estás atrapado en un ascensor y no estás siendo irritante?

-Hago análisis estadísticos de estructuras y modelos.

-Impresionante. ¿Qué significa?

-Que soy economista. Interpreto datos complicados y los explico del modo más sencillo posible.

No podía haber tenido un trabajo más adecuado para un « Harry». Pobre hombre. ¿No le importaba ser tan del montón?

-¿Y para quién analizas esos datos?

-Soy un consultor independiente.

-Así que le explicas esos modelos a cualquiera que te pague por ello.

-¿Quieres detalles?

-Me encantan los detalles -en aquel momento le encantaba cualquier cosa que la ayudara a suprimir aquellos prontos ocasionales que la llevaban a perder el control sobre su pánico.

-Aconsejo a grandes empresas sobre los mercados en crecimiento.

A Madison le tomó unos segundos digerir aquello.

-0 sea, le dices a la gente cómo debe invertir su dinero.

-Sí.

-¿Y eres bueno en eso?

-Sí.

-Muy bueno, supongo -dijo ella.

-Eso dicen.

-Pues yo tengo una confesión que hacer. Tu trabajo y el mío son similares. Bueno, mi consultoría es mucho más pequeña, pero también consiste en dar consejo.

-¿Y eres buena en ello?

-Sí.

-Muy buena, supongo.

Madison hizo una mueca.

-Tengo talento para ello o, al menos, eso me han dicho. Soy práctica y no dejo que las emociones me afecten en mi trabajo.

-¿Para quién trabajas?

-Soy una consultora independiente. Pero, en lugar de trabajar para otras empresas, lo hago directamente con los Sunflower.

-¿Cómo?

-Los Sunflower. Es el apellido de la familia de mi madre. Yo soy una Adams. De ahí saqué mi lado práctico, de la herencia paterna. Son todos banqueros, economistas y abogados. No tengo mucho contacto con ellos -pasó por encima sin ahondar en detalles dolorosos-. Siempre me he preocupado por los Sunflower.

-¿Y qué hacen?

-No son tan fáciles de clasificar como la rama paterna. Son... -se encogió de hombros-, lo que quieren ser. Se podría decir que no hay nada que no atraiga a los Sunflower.

-Ya.

-No me malinterpretes. Son maravillosos, cariñosos, generosos, divertidos.

-Pero no son prácticos.

-Nada en absoluto -ella sonrió llena de afecto-. Es su peor defecto.

-Y tú «compensas» eso con tu lado práctico.

-Sí, algo así. Pero no sé cómo hemos llegado al tema de mi familia.

Algo en su forma de decir «compensas» le había dado la impresión de que Harry tenía una visión algo crítica de su trabajo. Pero ¿qué le importaba lo que él pensara? Ella desempeñaba una labor de vital importancia para su familia, a la que adoraba realmente. ¿Qué derecho tenía Harry a criticar nada sobre su negocio familiar? Además, estaba claro que no había entendido nada y que había sacado estúpidas conclusiones sin tener una base sobre la que juzgar.

-Si lo prefieres, podríamos volver sobre el otro tema que estábamos discutiendo -le ofreció él.

¿Habría adivinado lo que estaba pensando? No la habría sorprendido. Era un hombre muy perspicaz. La gente práctica solía serlo.

-No recuerdo de qué hablábamos.

-Del amor.

-Yo creo que ya hemos agotado ese tema.

-No, en absoluto.

Su tono de voz fue demasiado grave, profundo y sugerente. Ella sintió un escalofrío. Estaba atrapada en un ascensor con un hombre al que no conocía y con quién estaba tratando de temas muy íntimos. Aquello no era nada práctico. Podía ser un ladrón o un asesino, o alguien sin- moral, dispuesto a aprovecharse de las circunstancias. Normalmente no se equivocaba al juzgar a la gente.

Pero teniendo en cuenta que no tenía todos los datos necesarios, podría estar cometiendo un error.

De pronto, volvió a sentir claustrofobia. La intensa oscuridad le provocaba cada vez más agobio y exageraba el sonido de su respiración. Sonaba demasiado rápida, precipitada. Podía oír la de él también, pero se escuchaba lenta, regular, fuerte, masculina. ¿Realmente los hombres respiraban de un modo distinto a las mujeres? Eso parecía. ¿Acaso la respiración estaba determinada por alguna secreción de testosterona de la que ni siquiera ellos eran conscientes?

«Idiota», se dijo. «Este es Harry el economista, práctico, amigable e inocuo».

Y sin embargo... de algún modo, le daba la impresión de que la estaba seduciendo con su respiración. Quizá él no se daba cuenta. Hundió la cabeza entre los brazos. Puede que él estuviera saturando el aire con cada una de aquellas lujuriosas exhalaciones, y ella no tenía más remedio que inspirar aquel aire cargado de moléculas pasionales cada vez que respiraba.

-Tienes miedo, ¿verdad? -murmuró él.

-Sí -respondió ella.

-¿Hay algo que yo pueda hacer?

Ella levantó la cabeza.

-Quedarte donde estás -la afirmación se le escapó sin pensar. Era una declaración de debilidad.

Los dos lo sabían.

CAPÍTULO 2

Principio 2: La voz del amor puede ganarse a los corazones más tercos.

HARRY tardó demasiado en responder.

-Ya veo.

¿Qué demonios significaba eso?

-¿Qué es lo que ves? -preguntó Madison nerviosa.

-Que tienes miedo de mí. La verdad es que me resulta divertido cuando lo pienso.

-Pues a mí no me parece en absoluto divertido -al menos no se había dado cuenta de que su miedo se mezclaba con atracción. Se relajó un poco.

-Te pido disculpas. No es la situación lo que me parece divertido, sino que tengas miedo de mí.

-¿Por qué? ¿Es que no hay nada en ti que me pueda intimidar?

-Puede que lo haya en mi parte profesional, pero como persona, soy totalmente inocuo.

Eso era lo que se había imaginado. Además, Harry había sido estupendo con ella desde el primer momento. En cuanto había notado que tenía claustrofobia había tratado de aliviarla. Quizá eso explicaba la extraña atracción que sentía. Sin duda, no tenía nada que ver con Bartholomew Jones y sus estúpidas teorías sobre el amor y la atracción.

-Tal vez podríamos hablar sobre otra cosa -dijo ella. Y para demostrar que la claustrofobia había acabado por robarle cualquier vestigio de sentido común, le preguntó-. ¿De verdad crees en el amor a primera vista?

-Sí.

-¿Aunque sea algo tan poco práctico?

-Sí. Creo que es posible.

-Entonces estás de acuerdo con el señor Jones y su teoría de que es algo químico.

-Sin duda, la química juega un papel importante en ello. Piénsalo. ¿Qué es lo que nos hace sentir atracción hacia unas personas u otras? Tiene que haber algo inconsciente, instintivo o químico para que esa reacción se produzca.

-¿Se está produciendo ahora?

Madison no sabía de dónde había salido la pregunta, simplemente la había hecho sin que tuviera control sobre ella. Pero antes de que pudiera rectificar y buscar una explicación lógica, el teléfono del ascensor sonó. Sin duda, fue una intervención divina.

Harry buscó lenta y calmadamente el aparato y respondió.

-Sí, somos dos personas las que estamos aquí. Un momento, que voy a preguntar.

-¿Qué pasa?

-Dicen que van a tardar un poco en sacarnos de aquí. ¿Hay alguien con quien necesites hablar?

-Iba de camino a la oficina. ¿Podrían contactar con mi ayudante y hacerle sabe que estoy aquí? Estoy segura de que toda la familia tendrá un ataque de pánico.

Después de dar la información y el número de teléfono de la ayudante, él rehusó la oferta de que avisaran a nadie.

Luego se volvió a sentar en la esquina del ascensor, mientras se preguntaba si debía decirle a Madison que tardarían varias horas en sacarlos de allí. Probablemente no. La última media hora ya le había resultado suficientemente complicada como para encima confesarle la cruda y dura realidad.

-¿Dónde estábamos? -preguntó Harry. Como si no lo supiera. Estaban hablando de la química entre dos personas y ella le había preguntado si se estaba produciendo en aquel momento. Claro que se estaba produciendo. Y de no ser porque era realmente terca, habría tenido que admitirlo.

-No recuerdo de qué hablábamos -mintió ella sin pudor.

Harry estaba seguro de que, de haber habido luz, la habría visto ruborizarse. Consideró la posibilidad de hacer que reconociera que mentía. Después de todo, ya la había dejado escapar cuando le había pedido que permaneciera en su rincón del ascensor, y él lo había hecho sin rechistar, comportándose como un caballero, actuando como si creyera sinceramente que se trataba de claustrofobia o miedo, en lugar de una reacción química entre ambos. Eso significaba que la estaba dejando escapar por segunda vez. Ella no lo sabía, pero iba a darle una tercera oportunidad, algo que dejaría claro en cuanto tuviera la oportunidad de hacerlo.

Sabía que la vida no servía los manjares en plato de plata, que un hombre tenía que perseguir aquello que deseaba hasta conseguirlo.

En aquel momento, deseaba a Madison Adams. Pero dejaría que negara sus emociones, si eso hacía que se sintiera mejor. Negar la verdad no haría que dejara de ser lo que era. Simplemente, le facilitaría el que pudiera tomarla por sorpresa, algo que muy pronto tendría el placer de demostrar.

Nerviosa por el silencio de él, Madison acabó hablando de nuevo.

-Y bien, ¿cómo acabaste prisionero en este ascensor? Yo había

venido a comer con mi abuela Sunny. Tiene un apartamento en el decimoquinto piso. Se supone que me iba a presentar a ese tal Jones, el autor del libro, pero no apareció. Quizás así no tenga que preocuparme de su reacción. Una cosa es hablar por teléfono y comunicarse por Internet, y otra muy distinta encontrarse cara a cara. ¿No crees? Quizás haya cambiado de opinión respecto a lo de querer conocerla en persona.

Harry esperó a que se quedara sin aliento para responder.

-Yo he venido a una reunión.

-¿Vas a darle a alguien un consejo de economista?

-Sí, eso es lo que me han pedido. Pero todavía no he decidido si quiero aceptar el trabajo o no.

-¿Se trata de una gran empresa?

-No. Esta vez se trata de examinar a un pequeño grupo, como favor a mi padre.

-Vaya -Madison parecía decepcionada-. No dudo que se sentirán muy honrados de contar con un hombre como tú.

-¿Tú lo estarías?

-No creo que esa situación se llegara a dar. Como ya te he dicho, yo tengo todo controlado, no necesito consejo -le aseguró-. Pero estoy segura de que ese pequeño grupo se beneficiará de tu experiencia. En cuanto se den cuenta de cuánto pueden mejorar con tu ayuda, los que estén a cargo de ese grupo estarán encantados de escucharte.

El apoyó la cabeza sobre la pared.

-¿Y si la persona que dirige ese pequeño grupo piensa lo mismo que tú, que lo tiene todo bajo control, que no necesita mi ayuda?

-Con tu currículum no tendrás problema alguno en convencerla. No tendrá más remedio que ceder ante la evidencia de que sabes más que ella -le aseguró con total confianza-. Antes has dicho que cuando se trata de trabajo sueles intimidar bastante. ¿Siempre es así?

-No -se abrió el primer botón de la camisa y cambió de posición, lo que no lo ayudó mucho. El suelo no era precisamente cómodo. Aunque la compañía lo compensaba de eso y de mucho más-. Muchas empresas quieren mi opinión y me pagan muy bien por ella. Pero a veces tengo que actuar como mediador en conflictos financieros internos de las empresas. En esos casos, mi presencia crea mucha tensión.

-No parece una situación muy agradable. ¿Cómo manejas una situación así?

-Primero, envío un anuncio.

Ella se rio.

-Algo así: «Prepárense que voy», ¿no?

-Sí. Envío una lista detallada de qué voy a necesitar cuando llegue. Una estupenda y desagradable lista: la reserva de hotel, el espacio que voy a necesitar, las horas de las reuniones, etc.

-¿Y luego?

-Me presento allí. Muy pronto. En la mayoría de los lugares han estado tanto tiempo discutiendo sobre cómo poner en práctica mis instrucciones, que mi llegada los toma por sorpresa.

-Déjame adivinar. Así que se pasan dos días haciendo reverencias para compensarte por la mala impresión inicial que te han causado.

-Exacto. Durante ese tiempo soy capaz de analizar la situación y de presentarles una estrategia financiera. Les digo lo que va a suceder si, no hacen ningún cambio y lo que sucederá si tienen en cuenta mis consejos y los aplican tal y como yo les indico.

-Supongo que la mayoría de ellos deciden hacerte caso.

-La mayoría sí, pero no todos -se encogió de hombros-. Luego, en algunos casos, ya no hay solución. Algunas cosas son sencillamente así, no se pueden reparar.

Se hizo un silencio, mientras ella asimilaba su comentario.

-Hablando de reparaciones, ¿cuánto tiempo crees que tardarán en reparar el ascensor?

-Un rato -él frunció el ceño-. ¿Estás nerviosa otra vez?

-Un poco -ella se restregó los brazos-. Pensé que haría calor, pero la verdad es que tengo frío.

-¿Te sentirías mejor o peor si me siento a tu lado?

-No lo sé.

-¿Probamos?

Sus dudas acrecentaron su instinto de protección y la necesidad de darle a Madison lo que necesitaba. Resistirse a aquel oscuro y fuerte impulso le resultaba casi imposible, pero al fin lo logró. Solía tratar de conseguir lo que quería, pero nunca lo hacía a expensas de la otra persona, especialmente cuando se trataba de una mujer que se debatía entre el miedo y él deseo.

En aquel momento, ella aceptó la oferta.

-De acuerdo, sentémonos juntos.

-Voy a ponerte mi chaqueta. Eso te ayudará a mantenerte caliente -habló mientras se movía para que ella pudiera seguir su trayectoria. No quería asustarla aún más-. Dime algo, para que no me choque accidentalmente contigo.

-Estoy aquí.

Él se agachó a su lado.

-Yo estoy justo a tu lado.

-Puedo oír tu respiración.

-Sí, bueno, es algo que hago sin pensar.

Ella se rio.

-Soy una idiota.

-No, no eres ninguna idiota -se sentó junto a ella dejando una pequeña distancia-. Mi madre también sufría claustrofobia.

Aquel comentario captó la atención de Madison.

-¿Sí?

-Sí.

-¿Y cómo lo llevaba?

-No demasiado bien. Supongo que a ti los ascensores no te preocupan mucho normalmente.

Nunca me han gustado, pero no me producen esta histeria.

-No sabes lo afortunada que eres. Mi madre no podía montarse en uno sin mí o sin mi padre. Recuerdo que, cuando yo era pequeño, él solía tomarla en brazos, ella cerraba los ojos y así conseguía entrar.

-Pobre mujer. ¿Qué hacía cuando tu padre no estaba con ella?

-Me agarraba de la mano y yo tenía que hablar sin parar -aquello había desarrollado en él un instinto de protección que le provocaba problemas, sobre todo cuando se interponía en la consecución de un objetivo.

-¿Hablar? ¿Tal y como lo estás haciendo ahora?

-Sí -le habría gustado poder verla. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de la importancia de los gestos para poder analizar a una persona-. ¿Sigues teniendo frío?

-Sobreviviré.

-Toma -le dijo, dándole su chaqueta-. Esto te ayudará.

Ella palpó el vacío hasta que sus manos se chocaron.

-Déjame que te ayude -le dijo él.

Ella bajó los brazos y él le colocó la chaqueta con sumo cuidado.

Harry se sorprendió al sentir que se acurrucaba a su lado, pero la rodeó con sus brazos.

-Se te siente muy grande -comentó ella, claramente sorprendida.

-Hay una razón para eso.

-¿Es esa razón que eres más bien grande?

-«Más bien». no. Soy grande.

-Me habías dicho que no tenías una presencia intimidarte.

-No quería asustarte más.

-Ya -hizo una pausa-. Gracias, Harry.

-De nada.

-¿Sabes una cosa?

-¿Qué?

-He estado, pensando y he llegado a la conclusión de que tener claustrofobia es muy poco práctico.

Harry le tocó cuidadosamente la sien con la intención de infundirle confianza.

-Estoy seguro de que lo controlarías si pudieras.

-Puede que no te hayas dado cuenta, pero mi nombre tampoco es muy práctico.

-Quizás hayas sacado algo más de la parte de los Sunflower de lo que piensas.

-No trates de animarme. Interesante.

-¿Te gustaría parecerte más a ellos?

-Algunos días sí. Ser práctica todo el tiempo puede resultar muy duro.

-Demasiada responsabilidad.

Ella se volvió hacia él.

-Ser práctica hace que, a veces, no tomes en consideración los sentimientos ajenos -una nota triste tiñó su voz, probablemente fruto de tristes fantasmas del pasado-. Dudo que a ti te ocurra eso.

-Claro que podría ocurrirme. Yo haría cualquier cosa para proteger a mi familia, aunque eso supusiera herir momentáneamente sus sentimientos.

-¿Y por qué?

-Porque me quieren a pesar de ser igual que mi padre.

-¿Es eso algo malo?

Maldición.

-Madison, verás...

-Está bien, Harry, no tienes que contestarme.. Generalmente no soy tan curiosa, cuando se trata de desconocidos. Creo que esto es el resultado de estar atrapados y a oscuras. Es muy confuso. Puede que también sea porque estos días mi familia me está causando muchos problemas.

-¿En qué sentido?

De algún modo, los dedos de él acabaron enredados en su pelo.

-Mi abuela se ha enamorado de este tipo que se considera un experto en el amor. Han tenido una especie de romance a través de Internet y ahora han decidido conocerse en persona. Mi tío Daniel ha sido denunciado por una mujer por tratar de ayudarla y tengo un primo que me llama todos los días con alguna emergencia. La última era su urgente necesidad de un Mercedes.

-¿Y tú te encargas de todos esos problemas?

Ella apoyó la cabeza sobre su hombro y sintió que encajaba a la perfección.

-Es mi trabajo. Por suerte tengo una asistente que me ayuda más o menos.

-¿Más o menos?

-Es una Sunflower y no tiene ni idea del concepto de discreción. Si tengo que mantener algo en secreto, no se lo puedo decir a Rosy.

-Me da la sensación de que necesitarías algún consejo sobre cómo manejar a tu familia.

Ella respondió enérgicamente.

-¡No digas tonterías! No hay nada que ellos hagan que yo no pueda resolver.

-Bien -dijo él y se sintió aliviado al notar que volvía a acurrucarse a su lado-. He sido un necio al sugerir algo así.

-No te preocupes. Eso es porque no me conoces bien -le dio unos golpecitos reconfortantes en el torso-. ¿Harry?

-Sigo aquí.

-Gracias una vez más.

Él sonrió.

-De nada, una vez más, Madison.

En respuesta, ella alzó la cabeza y su respiración le acarició la mejilla en una extraña caricia erótica. Y en ese momento, él cometió el acto más descabellado e irracional de su vida.

La besó.

Ella se quedó rígida y, durante unos segundos, él pensó que había sido un error terrible. Pero, cuando se disponía a soltarla, Madison suspiró y se relajó totalmente en sus brazos. La abrazó posesivamente y continuó besándola. Las manos de ella se posaron sobre el torso de él, sintiendo su fuerte musculatura. Se dejaba llevar sin la más mínima resistencia o duda.

Más bien lo animaba, acercándose cada vez más, hasta que se convirtieron en un solo cuerpo. Sus labios se abrieron ante la demanda de él, quien acepto gustoso la invitación, explorando el suave interior de su boca. La urgencia de poseer su cuerpo era difícil de resistir, pero no podía arriesgarse a ir más allá.

Aquella era una situación única, estar capturados en una oscura jaula le afectaba los sentidos. La vida les estaba dando la oportunidad de actuar solo guiados por unos impulsos que, en otras circunstancias, habrían reprimido. Eso no le impedía enfrentarse a una serie de hechos. Si empezaba algo en aquel momento, sería asumir un riesgo excesivo, pues quizás Madison se arrepentiría en

cuanto volvieran a la realidad. ¿Lo acusaría, tal vez, de haberse aprovechado dé ella?

Necesitaba tiempo. Tenía una mujer en sus brazos que lo atraía como nunca nadie lo había atraído antes. Era suave y firme al mismo tiempo, fuerte y vulnerable, inteligente pero terca. Todas sus cualidades le resultaban inmensamente atractivas. Una vez que lograra convencerla de que estaban hechos el uno para el otro, la vida sería algo estupendo.

Tomó su rostro entre las manos y le acarició las mejillas con el dedo pulgar. Lo fascinaba su rostro, posiblemente porque solo había podido ver un ligero retazo de lo que era, detrás del libro que estaba leyendo. Su barbilla era bien definida, y su nariz, recta y elegante. Sus cejas se arqueaban en un dibujo definido y llevaba flequillo. No sabía qué tan largo era su pelo, pues lo llevaba sujeto en una coleta que caía en lo que sospechaba era un río de rizos. Y lo mejor era que la sentía en sus brazos como si siempre hubiera estado allí.

-¿Y bien? ¿Cuál es el veredicto? -le preguntó ella impaciente.

-Me gustas.

-¿Cómo puedes saberlo si no me has visto?

-¿Es que tratas de hacerme cambiar de opinión?

-No, solo que...

Tomó su mano y se la llevó a la cara.

-Ahora te toca a ti.

Con cierta precaución al principio, Madison aproximó los dedos a su rostro, perdiendo poco a poco la timidez. Él permaneció inmóvil, extrañamente excitado por la sensación.

-¿Y bien?

Ella se inclinó sobre él y hundió las manos entre su pelo. El suave perfume de Madison inundó los sentidos de Harrison, que tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no lanzarse sobre ella. Apretó las manos, mientras se preguntaba si notaría el rígido control que necesitaba para no cometer una estupidez.

-Tienes un pelo muy bonito, grueso y abundante -dijo ella-. ¿De qué color es?

-Eso no vale.

-¿Va contra las reglas?

-Me temo que sí.

-De acuerdo -continuó examinando su cara-. Tu frente tiene arrugas.

-Gajes del oficio. Tengo que intimidar, ¿recuerdas?

-Sí. Bien, lo tendré en cuenta. ¿Cejas?

-Dos.

-Bien, al menos no es una, no tienes aspecto de cavernícola. Pero son muy espesas, tienen cierto aire agresivo.

-Como el resto de mí.

-Vaya. En cuanto a la nariz... -su tacto era tan suave que rayaba en lo tortuoso-. Recta. No has sido boxeador ni nada por el estilo. 0 es que nadie llegaba a darte ahí.

-Soy alto, pero no tanto.

-Entonces, o no eres un luchador o siempre ganas.

-Siempre he sido un luchador.

Ella entendió la respuesta.

-Así que siempre ganas -anunció satisfecha-. Eso no me sorprende. Bien, ¿por dónde iba? A ver. Buenos pómulos. ¡Ay! Pinchas.

-Lo siento. Pero me he afeitado.

-No hace falta que te disculpes. Supongo que tu barba es lo más agresivo que tienes -sus dedos llegaron hasta sus labios-. Y tienes una sola boca.

-¿Eso es todo? Seguro que lo puedes hacer mejor.

-Labios gruesos... deliciosos y apetecibles.

Ya no pudo resistirse más.

La tomó en sus brazos mientras ella se carcajeaba, quitándole la chaqueta con la que la había cubierto.

Llevaba un vestido de seda, pero no era aquello lo que él quería sentir. Necesitaba el tacto de su piel desnuda, descubrir los contornos de su cuerpo, memorizar cada curva. Quería que le descubriera sus lugares secretos, poder tener en la mano el peso de sus senos, aquellos que le provocarían a ella un placer inmenso y la dejarían temblorosa y repleta en sus brazos.

-Te deseo.

Sus palabras la impactaron.

-Lo sé -dijo ella con la voz entrecortada.

-No son ni el momento ni el lugar apropiados, ¿verdad?

-No.

-¿Y si fueran el momento y el lugar apropiados?

-No suelo hacer el amor con completos desconocidos en un ascensor estropeado.

-No has respondido a mi pregunta.

-Tú no vives en Seattle, ¿verdad? Esto no podría ser más que una relación pasajera -dijo ella apartándose de él-. No me gustan las relaciones pasajeras.

-¿Y si resultara ser más que eso? -no pudo evitarlo. Tomó su rostro entre las manos y se la acercó para besarla una vez más. La deseaba y estaba dispuesto a lo que fuera para conseguirla-. ¿Querrías explorar la posibilidad?

-Sí, claro que querría.

Satisfecho, la abrazó más fuerte.

-Entonces, esperaremos al momento y el lugar adecuados.

Ella resopló indignada.

-Así que tú lo decides todo, ¿no?. Pues me temo que no habrías tenido otra opción.

-Te sorprendería comprobar la de opciones que tengo.

Ella se sentó de golpe.

-¿De verdad piensas que podrías haberme seducido? -le preguntó.

-No me cabe duda.

-No soy tan fácil.

-Yo tampoco -se dio la vuelta, agarró la chaqueta y la volvió a cubrir con ella-. Pero sé a dónde nos llevaba ese beso.

-No ha sido más que un beso.

-No lo creas.

-Vamos, Harry. No estás siendo demasiado práctico en esto. Yo no me dejo llevar por las emociones fácilmente y, puesto que nos parecemos, asumo que tú tampoco. Somos demasiado listos para dejarnos atrapar por una circunstancia así.

Él hizo una mueca.

-Sigue diciéndote eso. Quizá puedas conseguir convencernos a los dos.

-¿Nos van a rescatar pronto?

Había decidido cambiar de tema. Era una excelente alternativa cuando se estaba perdiendo una batalla.

-No creo que vayan a tardar mucho ya -le besó los rizos del pelo-. Trata de relajarte. Pronto saldremos de aquí.

-¿Y nos separaremos entonces?

-Ya veremos.

Se hizo un silencio que él no se atrevía a romper. Sin embargo, había un tema que debían tratar.

-Madison... ¿sabes? Me he dado cuenta de que, realmente, no nos hemos presentado. Creo que debería decirte que mi nombre completo es Harry Dones.

Silencio.

-«Dones» -enfatizó él-. ¿Te suena de algo? Cómo el «Dones» de Los diez principios del amor.

Más silencio.

-De acuerdo, te lo diré más claramente. Espero que la noticia no te moleste en exceso. Bartholomew es mi padre.

Seguía el silencio.

Se aclaró la garganta, buscando un modo de salvar aquella situación.

-Sé que debería habértelo dicho antes, pero teniendo en cuenta lo nerviosa que estabas, no quería empeorar las cosas.

¿Por qué no respondía?

-¿Madison?

Un suave y leve ronquido fue la respuesta.

Tardó solo un segundo en darse cuenta de que estaba dormida.

Pero aquello no podía ser bueno. En el momento en que supiera su nombre se iba a poner furiosa. Y no podría culparla por ello. Debería habérselo dicho antes. Pero no había querido que supiera quién era hasta que no se hubiera formado una opinión objetiva sobre él.

No obstante la realidad era que las posibilidades de que la opinión que tenía de él fuera objetiva eran muy pocas o, más bien, inexistentes. Hizo una mueca. Lo más probable era que jamás volviera a dirigirle la palabra.

CAPÍTULO 3

Principio 3: Para lograr el emparejamiento perfecto, hay que darse tiempo para explorar todas las sensaciones con la pareja.

M ADISON se despertó a causa de la luz y la repentina explosión de sonido. ¿Qué estaba pasando? Tardó unos segundos en darse cuenta, pero una vez que lo hizo, se despejó totalmente, escapando de los brazos de Harry a toda prisa. Se quedó en mitad del ascensor como un animal asustado, mientras trataba de acostumbrarse a la intensa iluminación que entraba por la puerta. Una pequeña multitud se agolpaba allí, expectante.

Se volvió hacia Harry en busca de protección, pero sus esperanzas se desvanecieron. El todavía estaba en el suelo. En lugar de ver al hombre que la había ayudado a aplacar sus miedos, o al hombre que la había besado con tanta pasión, descubrió a una criatura que parecía un enorme león. ¡Cielo santo! ¿Realmente se había quedado dormida en sus brazos? De haber habido la más mínima luz, se habría apartado de él lo más posible.

Tenía un aspecto peligrosamente masculino y la palabra «poder» escrita en cada línea de su cuerpo, ese tipo de poder que procura una mente brillante y la energía de una fuerza de voluntad de hierro. Ella pensaba que estaba encerrada con un dulce corderito, cuando realmente había estado con una especie de bestia.

-¿Y bien? ¿Soy tal y como me habías imaginado?

Su instinto femenino la instaba a huir, pero, puesto que siempre había considerado aquel tipo de impulsos como algo irracional, se quedó allí.

-No te pareces en absoluto a lo que yo había imaginado. No deberías haberme ocultado la verdad. No ha sido muy honesto por tu parte. Se supone que eres Harry.

-Es que soy Harry.

-Pues no deberías serlo. Harry es un nombre vulgar, sin peligro, y tú eres muy peligroso. Deberían haberte puesto un nombre que advirtiera a la gente, como Hunter o Danger o Trouble. También me has dicho que eras economista.

El suspiró.

-Soy economista.

-No, no lo eres. Eres un león. Y no me gusta nada que me hayas engañado.

El se levantó lentamente y llenó todo el espacio con su presencia. Madison retrocedió. ¿Cómo pudo no darse cuenta de que él estaba en el ascensor cuando entró? No decía mucho sobre su capacidad de observación. De no haber sido por aquel maldito

libro... Se apretó la chaqueta al cuerpo y notó su olor. Pero, lejos de sentirse amenazada, la sensación la reconfortó. Era el olor del hombre que la había protegido.

-Hay algo más que no te he dicho -respondió él-. He tratado de decírtelo antes, pero te has quedado dormida.

-¿Malas noticias?

-Creo que, para ti, sí.

-¡Harry! ¡Madison!

Harriet Sunny Sunflower se abrió paso entre la multitud, seguida de cerca por un hombre muy guapo que sonreía embobado a la abuela de Madison.

-Estoy perfectamente, Sunny -le aseguró Madison mientras salía a toda prisa del ascensor.

-Ya lo sé cariño. Después de todo, estabas con Harry.

De pronto, Madison se dio cuenta de que Sunny llamaba a Harry por su nombre. Se volvió hacia su acompañante, mientras una sospecha se apoderaba de ella.

-¿Conoces a Harry, abuela?

-Pero, cariño, estás enfadada -se dirigió al hombre que la acompañaba y le dijo-: Solo me llama abuela cuando está enfadada. No sé qué he hecho esta vez. Supongo que no debería haber reconocido a Harry. Pero es tu hijo y lo conocí ayer en el aeropuerto. ¿Por qué iba a fingir no conocerlo?

Sunny y su acompañante aparentaban una edad similar, ambos irradiaban una vitalidad y una simpatía que eran una herramienta para ganar amigos con facilidad.

A Madison no le costó deducir quién era el hombre que estaba junto a su abuela. Se trataba, sin duda, del famoso Bartholomew Jones. Eso significaba que Harry era...

-Estoy seguro de que Madison nos contará lo que le pasa si le damos la oportunidad... -dijo Bartholomew.

-Supongo que usted es el señor Jones -lo interrumpió Madison-. Nadie nos ha presentado.

-Lo siento -dijo él y le tendió una mano-. Porfavor, llámame Bartholomew. Ya veo que has conocido a mi hijo. Siento no haber podido llegar a comer. La firma de libros duró más de lo que yo esperaba. Harry me advirtió de que íbamos a llegar tarde y lo envié para que avisara a Sunny.

Madison le estrechó la mano antes de volverse hacia Harry. Los curiosos ya se habían marchado y tenían un poco más de intimidad.

-¿Por qué no me has dicho quién eras? -le preguntó indignada-. Y no me digas que no me has relacionado con Sunny porque no te

voy a creer.

-Sabía quién eras desde el principio. Por eso me quedé en el ascensor, en lugar de bajarme en el piso de tu abuela. Pensé que tú y yo debíamos hablar. Pero, una vez que el ascensor se paró, no quise identificarme para no empeorar las cosas.

-Me has engañado. Dejaste que hablara y hablara sobre el libro y sobre mi abuela y que te diera todo tipo de detalles personales sin advertirme de que estaba haciendo el idiota. ¿Cómo fuiste capaz?

-No estabas haciendo el idiota, solamente estabas preocupada por tu abuela -se cruzó de brazos y la miró fijamente con total calma y frialdad-. También trataba de evitar que te pusieras histérica.

-Nunca jamás en mi vida me he puesto histérica.

-Pues me lo puedes agradecer a mí -respondió él-. Te mantuve distraída discutiendo sobre Los diez principios del amor. Si te hubiera dicho mi nombre, no habrías querido hablar conmigo y hubiera resultado tremendamente complicado.

-¿No es maravilloso? -interrumpió Sunny-. Han estado discutiendo sobre tu libro, Bartholomew. Ya veo un romance en ciernes.

Madison reprimió un grito de frustración.

-¡No hay ningún romance en ciernes! ¡Esos estúpidos principios no funcionan y nosotros somos la prueba viviente de ello!

El rostro de Sunny se turbó.

-¿Estás segura, cariño?

¿Por qué siempre hacía eso? En cuanto había la más mínima contrariedad su abuela hacía un puchero.

-Lo siento, Sunny. Pero el primer principio dice: A veces el amor surge a primera vista. Harry y yo no nos hemos visto hasta que no hemos salido del ascensor -lo miró furiosa-. Nada más verlo me di cuenta de que una relación con él jamás funcionaría. Me engañó sobre su aspecto. Me hizo creer que era como un corderito.

-Tiene gracia porque, si no recuerdo mal, te advertí de que mi presencia intimidaba.

La mirada de Sunny iba de uno a otro.

-Pero estuvisteis un tiempo ahí, encerrados, hablando el uno con el otro, ¿no?

-Bueno, sí -le confesó Madison.

-Y os atraíais el uno al otro, ¿verdad?

Madison no se esperaba semejante pregunta y se ruborizó. Aquella tácita respuesta animó a Sunny.

-Ya te dije que los principios funcionaban. Con Harry ha

funcionado y con Bartholomew y conmigo también. ¿Por qué no vamos los cuatro a cenar esta noche? Llamaré a Casa Milano y reservaré una mesa.

-Espera un momento. ¿Cómo. puedes decir que los principios funcionan? ¿De qué estás hablando?

Pero Sunny y Bartholomew ya se habían alejado.

Harry la tomó del brazo.

-Está hablando del segundo principio. Si te hubieras molestado en leer algo más de tres páginas no habrías sacado una conclusión tan precipitada.

-Casi me da miedo preguntar. ¿Cuál es el segundo principio?

-La voz del amor puede ganarse a los corazones más tercos. Puede que no nos viéramos, pero estuvimos hablando. De hecho, eso fue lo que nos llevó más lejos. Gracias al rubor de tus mejillas, ellos ya lo saben.

-No puedo evitar ruborizarme.

-Ya me he dado cuenta.

-En cualquier caso, no creo que nada de esto deba preocuparnos. Se olvidarán de todo en cuanto vean que no estamos interesados el uno en el otro.

-¿Y qué te hace pensar que sea así?

Ella hizo un gesto de no tener en cuenta su comentario.

-No seas ridículo. Unos escasos minutos de indiscreción en un ascensor averiado no se convierten en una relación sentimental. Me atrevería incluso a decir que un par de besos robados fugazmente casi eran obligados. Pero no significan nada.

-Tiene gracia. Yo recuerdo que incluso llegamos a hablar de la posibilidad de seguir viéndonos.

Madison se ruborizó. Realmente tenía que encontrar el modo de controlar esa tendencia.

-Ahora que he tenido la oportunidad de ver el error que estaba cometiendo, sé con toda certeza que mi respuesta a semejante posibilidad es «no».

-No puedes decir que no. Sellaste nuestro pacto con un beso.

-¿Nuestro pacto? ¡Yo no he sellado ningún pacto!

-Me besaste y te acurrucaste en mis brazos totalmente entregada. Si eso no es un pacto, nada lo es.

-¡Tenía claustrofobia! No estaba en mis cabales. No puedes culparme por nada de lo que sucedió ahí dentro.

-No te culpo. De hecho, puedes volver a repetirlo cuándo y cómo quieras. Estaré muy feliz de ponerme a tu disposición.

-¿De verdad? Qué amabilidad la tuya -le dijo con sarcasmo-.

Quizá los editores deberían considerar un nuevo título para el libro de tu padre. En lugar de Los diez principios del amor deberían llamarlo El ABC del deseo. Porque es eso lo que experimentamos tú y yo. No era amor.

-Una excelente idea para un segundo libro. Se lo comentaré a mi padre.

¿Es que nada amedrentaba a aquel hombre o lo hacia salir de sus trece? Decidió cambiar de táctica.

-¿Qué vamos a hacer respecto a lo de la cena?

-¿Me preguntas qué excusas deberíamos inventarnos para evitarla? -aclaró Harry.

¡Bien! Sabía que se parecían. Así que él, finalmente, había llegado a la misma conclusión que ella.

-Exacto. Tú has dicho que este era para ti un viaje de negocios. Podemos poner eso como excusa.

-No, no podemos.

Ella lo miró disgustada.

-Entonces diré que tengo una cita previa.

-Eso es decisión tuya.

-No puedes hablar en serio -¿no se daba cuenta de lo que estaba pasando?-. Están tratando de juntamos. Una cena no hará sino empeorar las cosas aún más.

Harry se encogió de hombros.

-Yo quiero ir a cenar con mi padre. Resulta que a mí me cae bien. También me cae bien tu abuela y no me importaría poder conocerla un poco mejor -le lanzó una sonrisa realmente atractiva. Sin duda era otra de sus tácticas-. Venga, Madison. ¿Qué daño te puede hacer? A mí me parece un buen modo de pasar la noche.

Ella consideró sus alternativas y decidió que tenía que arriesgarse. Lo mejor era que se mantuviera atenta a lo que hacían Sunny y su experto en el amor, para no permitir que lanosa se le escapara totalmente de las manos.

-De acuerdo. Después de todo, Sunny no puede forzarnos a tener una relación en tan corto espacio de tiempo.

-Por supuesto. No podemos cumplir los diez principios en el transcurso de una comida. En el ascensor estuvimos mucho más tiempo, horas incluso -su sonrisa tenía un matiz depredador que a ella la ponía nerviosa-. Todo ese tiempo allí solos y no fuimos capaces de cumplir más de tres. No creo que pasemos del cuarto o del quinto durante la cena.

Ella se quedó paralizada. Conocía los dos primeros principios, pero no sabía nada del tercero. ¿Cómo podían haberlo cumplido?

Se aclaró la garganta.

-Por curiosidad, ¿cuál es el tercer principio?

-Para lograr el emparejamiento perfecto, hay que darse tiempo para explorar todas las sensaciones con la pareja -sonrió satisfecho-. Yo diría que ese también lo hemos cumplido.

Madison hizo una lista mental de lo sucedido. Suspiró. A pesar de no haberse visto hasta mucho después, el efecto de su encuentro había sido espectacular. El olor había sido muy importante. Un vívido recuerdo se le apareció de repente al darse cuenta de que todavía llevaba su chaqueta. Se la quitó rápidamente y se la devolvió, fingiendo no notar su sonrisa satisfecha. Pero quitársela no la ayudó a sentirse mejor. Todavía podía olerlo, pues ese olor se había convertido de un modo u otro en parte de ella.

-Besarse no cuenta -dijo ella.

-Pues para mí, sí -respondió él, la tomó por el brazo y, en mitad del recibidor del hotel, la besó otra vez-. Enhorabuena, Madison. Has conseguido completar el tercer principio. Y solo has tardado tres horas. Me pregunto si será un récord.

-No lo creo -dijo ella.

-Yo creo que sí. ¿Cuántos más piensas que habremos conseguido para el final de la cena?

Ella se apartó de él.

-¡Ninguno!

Le acarició suavemente la mejilla.

-Lucha, si quieres, pero al final te conseguiré.

-No vas a lograr intimidarme, Harry.

Él asintió.

-Me alegro. No me gustaría estar con una mujer a la que puedo intimidar. Quiero una mujer que sea mi igual.

No le dio oportunidad de responder. Le dio un último beso al que ella no se pudo resistir, la dejó en mitad del recibidor del edificio de apartamentos de su abuela y se marchó. Madison se quedó mirando su espalda, que era grande, muy grande. Era un hombre muy atractivo.

Se dio media vuelta.

¡Pero era un hombre completamente imposible! Daba igual lo deliciosos que le resultaran sus besos. No estaba dispuesta a permitir que una serie de estúpidas reglas rigieran su vida. Tenía cosas más importantes que considerar, cosas sobre las que había reflexionado cuidadosamente y había recogido en su diario personal. Ninguna de las características de su hombre ideal se referían al olor o al sabor, y había registrado un buen número de

ellas.

No pudo evitar mirar por última vez a Harry mientras se alejaba.

Claro que nunca había reflexionado sobre el asunto. Tal vez, no estaría de más revisar algunos puntos sobre el tema. Después de todo, la experimentación llevaba a la superación y la mejora .y, después de haber conocido a Harry, no podía sino reconocer que lo que ella había previsto o imaginado dejaba mucho que desear.

-Silencio todo el mundo -dijo Sunny-. Tenemos muchas cosas que discutir y muy poco tiempo.

-No puedo ausentarme de la oficina demasiado rato. Madison se enfada cuando no estoy allí para ayudar.

Sunny asintió.

-Eres una estupenda asistente. De no ser por ti no habríamos sabido qué regalarle a Madison. Bien, vamos al asunto que nos compete -apretó el libro de Bartholomew contra el pecho-. La fase uno y la dos ya están completas. Harry está aquí y se han conocido.

-Más que eso -dijo David con una risita-. ¿No habrás sido tú la que hizo que el ascensor se estropeara?

Sunny sonrió modestamente.

-El ingeniero del edificio me debía un favor... Conseguir que los dos se encontraran en el mismo ascensor fue parte del truco. Pero, sin duda, el esfuerzo ha valido la pena.

-¿Y cuál es la fase tres? -preguntó Dell-. ¿Cómo podemos ayudar?

-No debería ser muy difícil, no para los Sunflower. Por suerte, Madison tiende a no prestar atención a todo aquello que no es el proyecto en el que está centrada.

-Es una desgraciada herencia paterna -dijo Daniel.

Sunny encogió los hombros con impaciencia.

-No podemos hacer nada al respecto. Pero sí podemos aprovecharnos de ello.

-¿Cómo? -preguntó Rosy.

-Le daremos algo importante en lo que centrar su atención. Mientras esté distraída, pondremos nuestro plan en práctica -respondió Sunny-. Y tengo ya la distracción perfecta. Esta noche, cuando cenemos juntos, le presentaré la idea. Sin duda, después de todo lo que ella ha hecho por nosotros se merece un muy buen regalo. Después de haber conocido a Harry, puedo asegurar que es el mejor que le podemos hacer. Creo que podemos confiar en que nuestro proyecto de matrimonio va a ser un éxito. También podemos estar seguros de que Madison nos estará eternamente agradecida por haber intervenido.

-¿Lo suficientemente agradecida como para subirnos el sueldo?

Sunny sonrió.

-Confía en mí. Me ocuparé de eso también.

Harry estaba en el recibidor del edificio King Tower cuando Madison entró.

Era la mujer más adorable que había conocido, pero ella no era consciente de tal cosa. No parecía preocuparle su apariencia y, sin embargo, emanaba una elegancia natural y un intenso atractivo.

Llevaba el pelo suelto, y resultó ser más largo de lo que él había pensado. Llevaba poco maquillaje, porque no necesitaba más. Tenía unas pestañas oscuras y espesas que atraían la atención hacia sus ojos oscuros, y unos labios sugerentes y generosos que aún no había besado lo suficiente, algo a lo que tendría que poner pronto remedio.

Ella se detuvo al verlo y Harry se aproximó con paso seguro, invadiendo su espacio, haciendo que la reacción química que tan ferozmente ella trataba de negar se pusiera en marcha.

Tardó unos segundos antes de hablar.

-Has venido.

-No trates de intimidarme con tus trucos -le respondió ella.

El levantó la ceja.

-¿A qué te refieres?

-Tú mismo me hablaste de tus tácticas para intimidar cuando estábamos en el ascensor, ¿recuerdas? Llegar antes, quedarte callado para que todo el mundo hablara más de la cuenta... -se detuvo del golpe.

-¿Y se traicionaran a sí mismos?

-Eres un hombre difícil, Harry Jones.

-Sí -admitió él-. En eso nos parecemos.

El comentario pareció tranquilizarla, así que la agarró del brazo.

-Sí, lo somos. Somos difíciles y solemos intimidar.

-Además de ser prácticos y lógicos.

-Por eso hacemos tan bien nuestro trabajo -miró de un lado a otro-. Pensé que habíamos quedado en Casa Milano. ¿No está en el último piso? ¿Qué estabas haciendo aquí abajo?

-Te esperaba para subir contigo. Ella reflexionó un segundo.

-No me dirás que estabas preocupado por mí. ¿Será que temías que me diera otro ataque de claustrofobia?

-No, claro que no -mintió él-. Lo sucedido a mediodía solo ha sido una desafortunada combinación de factores, que no se volverá a dar.

-Pero si se da, quieres estar presente.

Él se rio.

-Por supuesto.

El ascensor llegó en ese momento y entraron juntos.

A pesar de su negativa a aceptarlo, era patente que Madison no se encontraba cómoda allí. Harry sintió deseos de abrazarla y besarla. Pero estaba seguro de que ella diría que aquello no era práctico. Así que optó por tomarle la mano y comenzar a hablar de cosas intrascendentes que no requerían demasiada concentración.

En el momento en que llegaron al restaurante, ella le soltó la mano y lo miró, con una sonrisa de gratitud. Acto seguido, salió del ascensor.

Se dirigieron al mostrador de reservas.

-Se me había olvidado preguntártelo antes, ¿han llegado ya Sunny y Bartholomew?

-No, todavía no.

-Me lo imaginaba -dijo Madison-. Nos quieren dar tiempo para que surja algo más entre nosotros. Supongo que ese no será otro de los principios de tu padre.

-Pues, la verdad...

-¿Señor Jones, señorita Adams? -un hombre mayor, con un esmoquin negro y una rosa en la solapa se aproximó a ellos-. Bienvenidos a Casa Milano. Mi nombre es Georgio -hizo una reverencia-. El señor Milano me ha pedido que les dé nuestra mejor mesa. Síganme por aquí.

Atravesaron el restaurante, que contaba con hermosos ventanales de cristal desde donde se podía divisar el centro de la ciudad. Las mesas estaban colocadas a una distancia razonable y una pequeña orquesta tocaba música de jazz. Harry se quedó impresionado.

El hombre los llevó al fondo del restaurante, a una zona en la que las mesas se disponían en pequeños reservados, separados de las otras mesas por barreras de plantas, y que ofrecía una inmejorable vista de la ciudad.

-Reservamos estas mesas para nuestros clientes especiales -les explicó Georgio-. Sunny es una de las clientas favoritas del señor Milano. Una mujer encantadora.

-Eso piensa mucha gente -dijo Madison.

Georgio se marchó tras unas cuantas cortesías más.

-Harry...

El no levantó la vista del menú.

-Trata de no preocuparte, Madison. Todo saldrá adelante.

-¿Qué está pasando?

-Mi padre y Sunny están poniendo demasiado entusiasmo en todo esto.

-¿Demasiado entusiasmo? Esto está todo arreglado. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

Harry cerró la carta y la dejó sobre el mantel.

-¿Qué sugieres?

-Tenemos que inventar un plan para detener esto.

-¿Un plan para detener qué? ¿La cena?

-Todo.

Sunny lo tenía todo previsto.

-¿Está sugiriendo que lo del ascensor lo arregló ella, que es todo parte de un plan para que acabáramos juntos?

-No seas ridículo -dijo ella-. Claro que no estoy sugiriendo eso. Sunny es buena en estas cosas, pero no tanto.

-Entonces es lo que comenzó a suceder en el ascensor lo que tenemos que detener.

-No me siento precisamente orgullosa de ello, ya que lo sacas a colación. ¿A ti no te molesta pensar en lo que sucedió?

-Para serte sincero, me molestó mucho más lo que ocurrió cuando salimos del ascensor.

Ella frunció el ceño.

-¿A qué te refieres?

-La mujer a la que había besado se desvaneció en el momento en que se encendieron las luces -se inclinó sobre la mesa-. Y me gustaría que volviera.

CAPÍTULO 4

Principio 4: El miedo puede arruinar las relaciones más prometedoras. Tienes que decidir qué es más importante para ti: el amor o defenderte de la vida y de sus golpes y heridas.

MADISON no apartó la vista a pesar de la alarma que se translucía en su expresión. -No me comporté como soy cuando estábamos en el ascensor....

Harry no iba a permitir que utilizara aquella excusa.

-No te creo. Eras más tú misma de lo que has sido nunca. La oscuridad te permitía ser libre. Pero no quieres admitirlo -él inclinó la cabeza hacia un lado-. ¿Por qué?

Madison respondió con pasión.

-¿Crees que me sentiría cómoda admitiendo que me he dejado llevar y he besado a un desconocido en un ascensor? ¿Que me he acurrucado en sus brazos y que...?

-¿Has estado tentada de tener un breve encuentro sexual?

-¡Jamás habría llegado a tanto!

-Puede que sí. Incluso puede que todavía ocurra.

-Imposible.

Él pareció interesado.

-¿Me estás retando?

-¡No!

-Pues suena como si lo estuvieras haciendo.

-Por favor, empieza a comportarte con seriedad.

-Me estoy comportando con total seriedad. Los dos sentimos lo mismo en el ascensor. Tú me deseabas tanto como te deseaba yo -él estiró la mano y tomó su barbilla, obligándola a mirarlo-. Si hubiéramos hecho el amor, no estaríamos aquí discutiendo.

La miró con abrasador deseo.

-Sencillamente, no estaríamos juntos.

-Sí, sí estaríamos. Estaríamos en tu cama o en la mía, haciendo el amor cómodamente.

-Estás equivocado.

-¿Tú crees? -no lo pudo evitar. Deslizó el dedo pulgar por su barbilla. Había sido extraordinario sentir aquella piel en la oscuridad. Pero verla mientras la tocaba, observar el deseo que afloraba en sus labios, el leve rubor de sus mejillas, era mucho más excitante. De no haber estado en un lugar público, la pasión entre ellos habría llegado a cotas increíbles.

-Tienes derecho a desearme, Madison.

-Eso no es...

-¿Práctico?

-Sí... ¡No! -cerró los ojos en un gesto de frustración-. No puedo hacer esto, Harry. No puedo permitir que nada me distraiga. Tengo una familia de la que ocuparme. Dependen de mí.

-Tu familia no se va a ir a ninguna parte, tampoco sus problemas. ¿De verdad crees que esperan que estés pendiente de ellos, incluso a expensas de tu vida personal?

-Ese no es el tema.

-Tienes razón. No lo es -lentamente posó un beso en los labios ella-. Esto es lo único que nos importa ahora.

-Harry...

Su nombre se le escapó en un leve susurro. Al tocar labio con labio, se sintió otra vez como cuando estaban en el ascensor, perdidos en un lugar fuera del tiempo. Sin embargo, la expresión de su rostro advertía de que no se había rendido aún. El se apartó de ella.

-Madison, ¿por qué te resistes tanto a la idea de tener una relación conmigo?

Ella respiró profundamente.

-Hay muchas razones.

-Dime cuáles.

-Ya estás en tu actitud de negociador financiero otra vez -le dijo-. Yo no soy un problema que se resuelve negociando.

-Bien. Entonces no negociaré.. Pero venga, dime por qué piensas que una relación conmigo no funcionaría.

-De acuerdo -dijo ella-. Primero, por tu padre y mi abuela.

-¿Cuál es el problema?

-Que salen juntos. ¿Y si no funciona? Eso complicaría tremendamente las cosas entre tú y yo.

El desechó el argumento con un gesto de la mano.

-Me paso la vida manejando situaciones complicadas. Tú también. Además, mi padre y Sunny son dos adultos. Lo que hagan o dejen de hacer es solo asunto suyo.

Madison apretó los labios.

-Cualquier cosa que afecte a un miembro de mi familia es asunto mío.

-Bien. De cualquier modo, solo pueden ocurrir dos cosas: o que sigan adelante y acaben casándose, o que la relación se acabe y sigan siendo amigos. En cualquiera de los dos casos, no pasará nada.

-¿Y si no siguen siendo amigos? No todas las relaciones acaban así.

-En mi familia, sí. ¿Qué más?

Ella parecía dispuesta a rebatir el argumento, pero no lo hizo. Decidió pasar a otro tema.

-Luego está el libro de tu padre.

-¿Qué le pasa?

-Que no estoy de acuerdo con lo que dice. Me parece...

-Creo que ya hemos hablado de eso.

-¿Lo ves? Te he hecho enfadar.

-Lo superaré. En respuesta a esta última preocupación tuya, te diré que confío plenamente que pronto te convencerás de que estás equivocada -sonrió-. Tema zanjado. ¿Qué más?

Madison agarró la carta de vinos y ocultó su indignación tras ella. No estaba acostumbrada a que la gente la desafiara y no le gustaba. Además, que una sola persona tuviera siempre la última palabra, no era el tipo de relación que ella buscaba.

Por fin, asomó la nariz por encima de la carta.

-Los dos estamos demasiado ocupados como para meternos en una relación.

El le quitó el menú de las manos.

-Si yo puedo sacar tiempo, tú también. Estoy seguro de que Sunny organizará gustosa el que puedas tener días libres.

-No es posible. Mi trabajo es ocuparme de ellos y me niego a dejar de lado mis responsabilidades.

Harry ya había tenido bastante.

-Todo lo que has hecho ha sido ponerme excusas. Estoy seguro de que hay algo más, Madison, algo escondido que no puedo ver. Te gusta tener el control de la situación y consideras que todo ha de ser práctico, ¿no? Pues yo creo que has elegido ese camino por dos posibles razones: o te ha ocurrido en algún momento algo que te ha obligado a ser así, o le ha ocurrido a tu familia.

El cambioo en Madison fue patente. Toda emoción se desvaneció de su rostro. Sus ojos perdieron su expresión y se hicieron oscuros y lejanos. Todo en ella parecía haber perdido su vitalidad y energía.

-No tengo ni idea de qué estás hablando -mintió ella.

El se inclinó.

-¿Qué es lo que pasa?

-¿Interrumpimos? -dijo la voz de Sunny. La mujer se inclinó para darle un beso a su nieta-. Siento que hayamos llegado tan tarde, pero una vez que nos expliquemos, lo comprenderéis. -No interrumpís nada -aseguró Madison.

-Sí que interrumpen -la corrigió Harry, lanzándole una mirada de advertencia. Su discusión quedaría así de momento, pero no eternamente-. Pero seguro que los perdonaremos en cuanto oigamos

lo que nos tienen que contar. ¿Qué nos cuentas, papá?

Bartholomew sonrió.

-Danos la enhorabuena, Harry. Sunny ha aceptado convertirse en mi esposa.

-Atención todo el mundo -ordenó Sunny a su familia, y miró a través de los cristales de las gafas las hojas que tenía delante-. Aquí está el último parte del estado de nuestro proyecto de matrimonio. Todo está en marcha.

-¿Cómo ha reaccionado Madison al anuncio de boda? ¿Está contenta?

-Bueno, creo que «contenta» es mucho decir. Pero no os preocupéis. Ya se hará a la idea -Sunny comenzó a pasear de un lado a otro-. He estado recapacitando mucho sobre todo esto y creo que he encontrado el modo perfecto de implementar nuestro plan.

-Colaboraré sin problemas, siempre y cuando no se trate de algo ilegal -dijo Daniel-. Dice Madison que nuestro abogado está un poco disgustado conmigo. Me ha advertido que no se me ocurra ayudar a nadie.

-No te preocupes, Daniel. Estoy segura de que podemos hacer esto sin quebrantar demasiadas leyes. En cualquier caso, solo serán unas pocas leyes sin importancia.

-¿Qué necesitas que hagamos? -preguntó Harley-. No irá a costar mucho dinero, ¿verdad?

-No, claro que no. Solo se trata de emplear un poco de tiempo y de imaginación -Sunny agitó un papel en el aire-. Veréis, cada uno de vosotros habrá de demostrar a Madison y a Harry que una de las reglas de Los diez principios del amor es cierta. Os haré una demostración, para que lo entendáis mejor.

-¿Qué regla vas a escoger? -le preguntó Rosy.

-Estoy segura de que Harry ya se ha ocupado de las tres primeras, así que, no solo voy a reforzarlas, sino que iré por la cuarta.

-Tenemos un grave problema -dijo Madison.

Harry soltó un resoplido exasperado.

-Buenos días, Madison -dijo.

-Sí, claro, buenos días, Harry.

Él abrió la puerta de su habitación del hotel un poco mas.

-¿Quieres pasar?

-Gracias -ella atravesó el recibidor y se volvió hacia él. De pronto reparó en su traje-. ¡Oh, no!

-¿Qué pasa?

-¿Vas a trabajar hoy? -no había previsto aquello-. ¿Tienes una

reunión con ese grupo del que me hablaste?

-Iba a hacer unas cuantas visitas preliminares. Pero pueden esperar si tienes algo más importante en la cabeza.

Eso pareció animarla.

-Estupendo. Lo primero que tenemos que hacer es librarte de todo esto -se puso detrás de él y empezó a quitarle la chaqueta y la corbata.

-¿Puedes explicarme qué pasa?

-Nos vamos de picnic -dijo ella.

-¿De picnic? -él levantó una ceja.

Madison continuó con los botones de la camisa.

-Cosas de Sunny. De repente, se le ha ocurrido que nos vamos de picnic, con tan poco tiempo de antelación -Madison se detuvo un momento-. ¿Sabes? Si se tratara de otra persona, pensaría que lo ha hecho deliberadamente.

-¿Estás pensando que Sunny trama algo?

Ella lo miró con indignación.

-Por supuesto que no.

-Entonces podemos suponer que se trata de un impulso.

-Sí -miró a Harry y continuó desabrochándole los botones-. A tu padre no le importará que ella actúe de este modo, ¿verdad?

-Siento decepcionarte, pero no, claro que no le importa -le agarró las manos antes de que siguiera-. ¿Has terminado ya de desvestirme?

Su corazón latía con fuerza bajo las palmas de las manos de Madison. Ella, de pronto, se dio cuenta de que sus acciones podían ser fácilmente mal interpretadas. La camisa desabrochada se abrió, revelando un torso amplio y musculoso.

Él le soltó las manos y ella dio un paso atrás.

-Sí, claro que he terminado. ¿A qué estás esperando? Vete. Cámbiate.

El no se movió.

-Enseguida. Antes de nada quiero saber qué prefieres.

-¿Preferir?

-Podemos irnos de picnic o podemos continuar con lo que tú has empezado.

Ella se humedeció los labios y se horrorizó al darse cuenta de que se lo estaba pensando.

-Vámonos -susurró finalmente.

-¿Seguro?

-Sí.

-Entonces, espera aquí.

Estaba claro que no era lo que ninguno de los dos quería, que, en el fondo, ella también ansiaba un encuentro más intenso, ir más allá. Pero se obligó a sí misma a quedarse donde estaba y a no hacer ninguna tontería.

En ese momento, reparó en que la habitación era una lujosa suite, con una pequeña cocina, un comedor y un despacho que podía ser usado como salón, y que tenía una espectacular vista de la ciudad.

Al ver que Harry no regresaba, Madison no pudo resistir la tentación de explorar el lugar.

El lujo de la estancia le hizo pensar que, tal vez, Harry fuera más importante de lo que ella había pensado.

Finalmente se acercó al ventanal, desde el que se divisaban el puerto y las calles colindantes.

-¿Quieres un café? -preguntó Harry al salir del dormitorio.

Ella se volvió, pero no pudo pronunciar ni una sola palabra. Hasta entonces siempre lo había visto con traje, pero, sin duda, vestido con unos vaqueros y una camisa de algodón resultaba mucho más peligroso. Al fin y al cabo, los trajes lo encuadraban dentro de un grupo ya domesticado que era el de los hombres de negocios. Pero aquel nuevo atuendo revelaba su auténtica naturaleza.

-¿Madison? -la miró con depredadora intensidad-. Asumo, por tu expresión, que sí necesitas un café, y muy cargado.

¡Aquello tenía que acabar! No podía permitirse mostrar tan descaradamente un interés sexual hacia Harry.

-Me temo que no tenemos tiempo -dijo ella, en un tono completamente profesional-. Tenemos muchas cosas que hacer en muy pocas horas.

-Estamos en Seattle. Se supone que aquí siempre se tiene tiempo para un café -no le dio la oportunidad de discutir más. La agarró del brazo y se la llevó a la cocina.

Una vez allí, le ofreció una silla, la invitó a sentarse y se dispuso a preparar un desayuno. Colocó unos bizcochos en un plato y lo puso sobre la mesa.

-Pensé que habías venido a dar consejo a un pequeño grupo.

Él no se molestó en mirarla. Continuó preparando el café.

No obstante, a ella le pareció que dudaba antes de responder.

-Sí, así es.

-Creí que no se trataba de gente poderosa.

-No lo es.

-¿Cómo pueden, entonces, pagar un lugar tan caro como este?

-No lo pagan ellos, sino yo. En cuanto a lo de la suite, el hotel siempre me da lo mejor por el precio de una habitación normal.

¿Por qué hacen eso?

El se encogió de hombros.

-Trabajé para ellos en el pasado.

-¿Están agradecidos? -persistió ella.

-Sí.

Su respuesta fue lo suficientemente tajante como para indicar que el tema había de quedar zanjado allí. Su actitud le hizo pensar que se le estaba escapando algo importante. Tal vez, de no estar tan distraída por culpa de él, habría podido averiguar de qué se trataba.

El espacio en el que estaban era demasiado pequeño e íntimo, una sensación que crecía cada minuto que pasaba junto a Harry.

El agarró uno de los bizcochos y lo partió en dos, provocando en Madison una inexplicable reacción. Aquello tenía que ser deseo o algo igualmente incómodo y poco práctico.

Tardó todo un minuto en atreverse a extender la mano para alcanzar su taza de café. Dio un trago, pero sintió que, tal vez, había sido otro error. La cafeína no hacía sino incrementar el estado de tensión. Optó por el medio bizcocho que Harry había dejado sobre el plato,, pero eso fue aún peor, pues cada bocado le recordaba sus manos masculinas partiendo lujuriosamente la suave masa. Tenía unos dedos largos, las palmas anchas, capaces de cubrir una gran parte de territorio con muy poco esfuerzo. Ya había tenido la experiencia en el ascensor.

De pronto reparó en su mirada de color miel. Parecía estar dándose cuenta exactamente de lo que ella estaba sintiendo, y le resultaba divertido.

-¡Ya está bien!

Él levantó una ceja.

-¿De qué?

-No sé qué principio del amor estás practicando, pero basta ya. No estoy para jueguecitos.

-Yo no estoy jugando a ningún jueguecito.

Ella empujó el plato de bizcochos hacia él.

-Estás tratando de seducirme. No te molestes en negarlo. No sé si se trata de algún truco que te ha enseñado tu padre o si te lo has inventado tú. Pero deja de hacerlo. No estoy interesada.

Él agarró una roja y sugerente fresa que había en el frutero y se la metió en la boca.

-Yo no he hecho nada.

-No te hagas el inocente, no resultas nada convincente. Así que

para de una vez.

-¿Y cómo se supone que debo hacer eso?

-Por ejemplo, imaginándote que estamos en una reunión de negocios.

-Me va a resultar difícil. No llevo traje.

-Ya, ya me he dado cuenta de eso -¡claro que se había dado cuenta!-. Puede que eso sea parte del problema. Vamos, Harry, colabora un poco. Esto es importante para mí.

En aquel momento, él cambió de actitud.

-Está bien. Cuenta.

Era la misma expresión que ella usaba con su familia.

-Tenemos un problema -y mucho peor de lo que ella se había imaginado-. Estoy segura de que tú no quieres que tu padre se meta en una relación inadecuada, igual que yo no quiero que mi abuela lo haga.

-Te equivocas.

Ella lo miró atónita.

-¿Te da igual que sean un matrimonio infeliz?

-No, no es eso. Sino que, sencillamente, no creo que sea problema ni mío ni tuyo. Ellos sabrán lo que hacen. Tendrán que cargar con las consecuencias. Pero insisto, no es asunto nuestro.

¿Así que no estás dispuesto a ayudarme?

El la miró extrañado.

-¿A qué te refieres?

Ella se cruzó de brazos.

-Tu padre es un experto en amor. Sunny no tiene ninguna posibilidad frente a él. Ahora que he tenido experiencia del tipo de técnicas que va a utilizar, gracias tus demostraciones, estoy aún más preocupada por mi abuela.

-Yo no utilizo ninguna técnica. Y mi padre no es ningún experto en el amor. Solamente ha escrito un libro sobre el amor. Si te hubieras molestado en leerlo...

-¿Y si está usando a Sunny como cobaya para probar sus teorías? -Madison sonrió triunfante-. No se te ha ocurrido pensar en eso, ¿verdad? Mi abuela podría ser para él solo un experimento.

-Mi padre no se va a casar con un «experimento».

-Quizá sí, si eso significara un nuevo bestseller

-Realmente, estás diciendo tonterías. Estás hablando de mi padre y me estoy empezando a sentir ofendido por el tipo de suposiciones que estás haciendo acerca de él, todas completamente infundadas.

-Ya. Sientes que tienes que protegerlo. Bien, pues eso mismo me pasa a mí con mi abuela. Así que esto es lo que sugiero.

El se pasó la mano por el pelo.

-No me va a gustar lo que vas a decir.

-Probablemente no -pero su opinión no le iba a impedir seguir-. Pienso supervisar su relación.

Claramente, a él no le gustaba su decisión. Tardó demasiado tiempo en responder y ella empezó a ponerse nerviosa.

-De acuerdo -dijo al fin-. Entonces no me dejas otra opción.

Vaya.

-Ahora es a mí a la que no me va a gustar lo que vas a decir.

-No, claro que no -le aseguró él-. Yo voy a supervisar tu supervisión -le metió una cereza en la boca, para impedir una protesta-. Y no hay posibilidad de negociación, Madison. 0 aceptas, o les cuento lo que vas a hacer.

-¡Eso es chantaje! -dijo ella con su dedo todavía en la boca.

El apartó la mano lentamente.

-Y meterte en la vida ajena es algo totalmente honesto, ¿verdad? -esperó unos segundos a que la información le llegara-. Te sugiero que me digas qué es lo primero que tienes en tu agenda, antes de que recobre el juicio y ponga fin a este sin sentido.

Ella dudó unos segundos, pero, finalmente, cedió.

-Tenemos un picnic, ¿recuerdas? Rosy me va a decir a dónde van. En cuanto sepamos la ruta, los vamos a seguir.

El suspiró.

-Me dio la impresión de que nos habían invitado. Pero no es así, ¿verdad?

-No exactamente.

-Quieres decir sencillamente que no.

¿Por qué hacía que se sintiera como uno de los más decepcionantes modelos económicos con los que se había encontrado jamás?

Pero, después de todo, a ella debía darle igual lo que le hiciera sentir. Se trataba de su familia y eso era lo único que importaba.

-No lo entiendes, Harry. Soy responsable del bienestar de mi abuela.

-Ya es mayorcita para cuidarse ella sola.

-Solo hace dos días que conoce a tu padre.

-Se conocen desde hace un año.

-Por correo electrónico y por teléfono -dijo ella con desprecio-. Eso no es «conocerse». No es suficiente para casarse.

Él la miró fijamente durante unos segundos.

-¿Qué es lo que te molesta tanto? ¿Qué pasa, Madison?

-Ya te lo he dicho. Tengo que cuidar de Sunny. Tiene un grave

problema, y es que se deja llevar por sus emociones. Por eso hacemos tan buen equipo.

-Yo te puedo asegurar que mi padre no va a hacerle daño. Y no estoy dispuesto a permitir que arruines su felicidad solo porque tienes problemas para confiar en la gente.

Ella se puso de pie.

-No sé de qué hablas.

-Esperaba que dijeras eso.

El se levantó y a Madison su tamaño le pareció aún más impresionante que nunca. Al menos, el día anterior llevaba tacones.

Ella decidió ponerse a hablar para evitar que siguiera sacando conclusiones.

-Yo solo -quiero asegurarme de que Sunny no está siendo deslumbrada por ningún «principio del amor».

-¿Y cómo piensas hacerlo?

-Con tu ayuda.

Los ojos de Harry se iluminaron con sorna. -Así que se supone que te tengo que avisar si mi padre está usando alguna página del libro. -Exacto.

-Corrígeme si me equivoco. ¿Los demás miembros de la familia Sunflower son menos prácticos que tú?

-Muy gracioso -ella se dio media vuelta y salió de la cocina-. Muévete, Harry. Si vamos a ir a un picnic hay que prepararlo todo.

-¿Estás segura de que puedes permitirte tanto tiempo sin trabajar?

-Tengo el teléfono móvil. Rosy me llamará si sucede algo.

Él la miró intrigado.

-¿Tu trabajo suele ser así de agitado?

-Es así todos los días -abrió la puerta de la habitación dispuesta a salir. Pero antes de hacerlo, se volvió hacia él-. Me da la sensación de que todavía no te has dado cuenta de cuánto me necesitan los Sunflower.

-Lo que empiezo a pensar es que es a la inversa -murmuró él para sí-. Sospecho que eres tú la que los necesita a ellos.

CAPÍTULO 5

Principio 5: Tienes que ver al que amas bajo todas las luces posibles. El verdadero amor no se desvanece ni en las condiciones más duras.

E L DÍA había comenzado increíblemente cálido y brillante, pero era patente que no duraría mucho, pues unas pesadas y oscuras nubes se cernían sobre Seattle.

Pero, hasta que el tiempo cambiara,. la suave brisa no hacía sino arrastrar un dulce aroma a hierba que empapaba el ambiente. Todo era perfecto: un hombre y una mujer, comida y una cómoda manta. Y luego estaban las vistas...

Harry meneó la cabeza. Sin duda eran unas vistas incomparables. Allí estaba Madison, con la nariz metida entre las verdes hojas de un matorral, espiando a Sunny y a su padre, con el trasero en pompa, puesto de cara a Harry. Como hombre que era, apreciaba con gusto tan maravillosa vista.

El día anterior, después de su pequeña aventura en el ascensor, le había resultado encantadora como mujer de negocios. Por la noche, le había parecido una llama dorada a punto de abrasarlo, ardiente y tentadora pero inalcanzable. Pero vestida como iba, toda de rojo, con aquellas sandalias y el pelo revuelto, alimentaba todas sus fantasías.

Ella se apartó los rizos de la cara y murmuró algo.

Harry pensó que lo que tenía que conseguir era que su atención dejara de estar en Sunny y Bartholomew y se centrara en él.

-El salmón es fresco -dijo él.

-Era lo mínimo que se podía esperar -dijo ella, mientras cambiaba de postura-. Después de todo, esto es Seattle.

-El queso y el pan son de la zona.

-Ya -agitó la mano como dándole permiso para que se pusiera a comer-. ¡Ahora esa gente va y se me pone en medio! ¿Qué es lo que les parece tan maravilloso como para no moverse de ahí?

-¿La vista, quizás? Desde luego, yo no puedo dejar de admirar la que tengo delante -dijo él-. Para la próxima misión secreta te recomendaría que llevaras ropa un poco menos llamativa.

-Buena sugerencia -dijo ella-. Lo tendré en cuenta.

Aquello era ridículo.. Había llegado el momento de poner fin a semejante situación.

-Madison, tu abuela y mi padre no van a moverse de ahí. Ven a comer y déjalos tranquilos.

-Espera. Esa gente se ha ido al fin. Ya era hora -dijo ella bruscamente-. ¡Harry! ¡Tu padre le está haciendo algo a mi abuela!

Ven y mira.

-¿La está estrangulando?

-No -grúñó Madison-. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

-No sé... ¿Quizá tú grito histérico?

-Déjalo, anda -dijo ella, mientras iba a refugiarse a otro matorral-. Mira, Harry. ¿Está practicando algún principio con ella?

Harry no solía enfurecerse, pero Madison tenía la capacidad de tocar siempre temas delicados.

-Si al menos hubieras leído el libro, sabrías si está aplicando uno de sus principios o no. Eso que ves forma parte de lo que hay en una relación amorosa entre dos personas.

-Sí, claro -dijo ella incrédula-. No vas a engañarme, Harry.

-Te repito que, si hubieras leído el libro...

-No puedo leerlo ya. Lo olvidé en el ascensor.

-Te conseguiré otro.

-No hace falta. Me basta con que tú me informes. Vamos a ver, el capítulo tres, ¿no trata de sexo?

-El uno se refiere a la vista, el dos al oído y el tres al tacto, el gusto y el olfato. ¿No crees que todos los sentidos intervienen cuando se inicia un romance?

Ella se dispuso a responder, pero luego dudó. De pronto, se volvió bruscamente hacia él.

-Acabo de pensar en algo.

Finalmente había logrado captar su atención.

-¿En qué?

-Algo relacionado con los capítulos uno, dos y tres.

-¿Qué?

-Tú los has leído, ¿verdad?

-Yo he leído el libro entero.

-De lo que estoy hablando es de lo que sucedió en el ascensor -dijo ella con rabia-. ¿Fue deliberado?

-No te entiendo.

-Pues te lo preguntaré claramente -se puso en jarras-. ¿Has utilizado los principios conmigo a propósito?

Por fin había conseguido que solo lo atendiera a él.

Lo miraba con suspicacia y desconfianza, pero a Harry le daba igual. Aquel era un buen comienzo.

-Ya hablamos de esto cuando salimos del ascensor. Te dije que nos las habíamos arreglado para cumplir los tres primeros principios.

-Accidentalmente. Pero yo estoy hablando de algo deliberado por tu parte.

Su respuesta fue totalmente sincera.

-No se me ocurrió en ningún momento algo así.

-Entonces, ¿cómo nos las arreglamos para hacer tanto en tan poco tiempo?

-Piensa sobre ello con calma, Madison. Es literalmente imposible que dos personas que están solas en un ascensor no acaben por reaccionar siguiendo, al menos, uno de los principios. Estuvimos hablando, y eso cubre uno de los principios.

-Nos tocamos.

Él no pudo evitar sonreír.

-Lo recuerdo.

-No ha lugar para bromas -se sentó en la manta mirándolo y se cruzó de brazos. El sol se reflejaba sobre su pelo dando la sensación de que se tratara de una cascada de oro que se deslizaba sobre sus hombros. De no haber sido por la mirada de alarma y furia que tenía, la habría tomado en sus brazos y le habría hecho un recordatorio completo de todo lo acontecido en el ascensor-. Dime si lo que hiciste fue deliberado o no.

-Admito que me movía una cierta química masculina.

-¡Lo sabía!

-Si te hace sentir mejor, te diré que tu química femenina también estaba a flor de piel -ella apretó los labios, advirtiéndole así que cualquier discusión que tratara el tema de su química no sería bienvenida. Pero él se negó a dejarla escapar una vez más. Le gustara o no, sus hormonas habían tenido mucho que ver en lo acontecido-. Si la pregunta es si lo que sucedió fue premeditado, la respuesta es no.

-¿Cómo puedo estar segura de que me dices la verdad?

Él se aproximó peligrosamente.

-Si empezara a utilizar los principios contigo, te darías cuenta.

Ella abrió los ojos, sorprendida.

-¿Qué quieres decir?

-Me da la sensación de que no vas quedarte contenta hasta que no te haga una demostración. Así sabrás lo que le puede ocurrir a Sunny.

-No, yo...

No le dio tiempo a decir nada más. La tumbó lentamente sobre la manta, se puso sobre ella y le hundió suavemente los dedos en el pelo.

-Mírame. ¿Qué ves?

Ella tragó saliva.

-Un hombre muy decidido e, incluso, un poco molesto por mi

reacción.

-No, no es nada de eso. Lo que ves es un hombre hambriento que mira a la mujer perfecta para satisfacer su hambre -le murmuró una cálida propuesta al oído-. ¿Qué has oído?

Ella se estremeció.

-He oído una interesante sugerencia.

-Muy bien. Solo que es algo más que una sugerencia. Es una promesa.

Inclinó la cabeza y, lentamente, le bajó el tirante del vestido. Un ligero movimiento al otro lado del matorral captó su atención. Sunny estaba mirando por entre las ramas. Junto a ella estaba Bartholomew que sonreía complacido a su hijo. Harry se atragantó.

-¿Pasa algo? -preguntó Madison.

Harry hizo una señal para que su público desapareciera. Por suerte, se dieron por aludidos y se marcharon en dirección al aparcamiento.

-Nada, no pasa nada. ¿Dónde estaba?

-Explicándome los principios -respondió ella demasiado deprisa. Al darse cuenta, trató de rectificar-. Pero que conste que lo estás haciendo contra mi voluntad.

Él escondió una sonrisa.

-Lo siento, cariño. Pero te voy a demostrar los principios lo quieras o no.

-Aun a pesar de saber que soy contraria al experimento.

-Tomo nota, pero eso es todo. ¿Por dónde íbamos?

-Acabábamos de terminar con la vista y el oído y me estabas haciendo una escandalosa sugerencia. ¿Qué viene ahora?

Él recordó las imágenes de cuanto le había dicho y sufrió su embrujo. ¿Cómo podía ser que una mujer tan controlada, obsesiva y práctica tuviera aquel efecto sobre él?

-¿Sabías que cuando estábamos en el ascensor fueron tu voz y tu olor lo que me ayudó a crearme una primera impresión de ti? De vez en cuando me venía el aroma de tu perfume, mezclado con algo único e irrepetible que es solo tuyo.

Ella cerró los ojos y respiró profundamente.

-También el tuyo es único. Me recuerda a la lluvia refrescante de una tormenta de verano.

No andaba muy desencaminada. Él se movió, para que ella no notara las primeras gotas de lluvia que estaban cayendo.

-Vista, oído, olfato... y ahora tacto. ¿Qué sientes, Madison?

-Tu corazón.

-Que late al mismo ritmo que el tuyo -le besó suavemente los

labios-. ¿Y ahora qué sientes?

Su respuesta sonó como un suave suspiro de deseo.

-¿No es así como debe ser? ¿Entiendes ahora cómo funcionan los principios?

Ella abrió lentamente los ojos, como si se despertara de un delicioso sueño.

-¡Sí! Es maravilloso, se siente como... -frunció el ceño-. Harry, ¿por qué tienes el pelo mojado?

-Hay una estupenda explicación para eso.

-¡Cielo santo, si está lloviendo! -le tocó los hombros-. Levántate, te estás empapando. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Él se apartó de ella con desgana y se puso a meter las cosas del picnic en la cesta. La lluvia era cada vez más fuerte, así que cubrió la cabeza de Madison con la manta y la tomó la mano, llevando en la otra la cesta. Corrieron hacia el coche, pero las sandalias de Madison no le permitían andar sobre la hierba mojada. Cuidadosamente, la tomó en sus brazos.

Al tenerla tan cerca no pudo por menos que inclinarse sobre ella y besarla apasionadamente. Había algo intensamente primitivo en aquella situación. Solo pensaba en desnudarla, tumbarla sobre la hierba húmeda y fresca y hacerla suya. Su deseo lo llevaba más allá de toda consideración racional de la situación, le quitaba toda capacidad de pensamiento lógico.

Ella se apretó contra él, sintiendo su vestido húmedo contra la camisa de Harry. Era como si sus cuerpos estuvieran en contacto completamente. El deslizó las manos por su espalda, incapaz de dejar de explorar su cuerpo, sus pechos, redondos y turgentes, sus caderas, sugerente y bien formadas. Con cada caricia, ella se estremecía. Se apartó solo un segundo para susurrarle dos palabras.

-No pares.

No era un hombre al que le gustara que le dieran órdenes. Pero en aquella ocasión estaba dispuesto a hacer una excepción. Quería tener a aquella mujer en sus brazos. Se había pasado años luchando contra aquel lado de su naturaleza, pero ya no iba a luchar más.

Le bajó suavemente el tirante del vestido. Al principio le parecía que protestaba, pero luego se dio cuenta de que el extraño sonido que oía provenía de su bolso.

-Es mi teléfono -susurró ella en tono de disculpa.

-Suena como si alguien lo estuviera torturando.

Ella se removió hasta conseguir que la dejara de nuevo en el suelo. Con repentino pudor se sujetó la parte de arriba del vestido contra el pecho, para evitar que se cayera.

-Creo que -la lluvia lo ha estropeado -dijo ella, refiriéndose al móvil.

-Qué pena.

-No hace falta que seas sarcástico -sin duda, el sentido común había vuelto a tomar posesión de ella. Por su expresión, parecía que la llama que la inflamaba momentos antes, no era ya sino un montón de cenizas. Miró hacia la zona de picnic-. Todo el mundo se ha ido.

Se colocó los tirantes en su sitio, aunque el gesto no sirvió de mucho, pues la lluvia hacía que el vestido dejara intuir con todo detalle las partes más interesantes. Sus senos se adivinaban tentadores bajo la fina tela de algodón.

Harry se apartó lentamente. Ya habría ocasiones más propicias para continuar con todo aquello. No tenía sentido forzar las cosas.

-Sí, todo el mundo se ha ido -le aseguró-. Al parecer, a los demás excursionistas no les gustan los besos bajo la lluvia tanto como a nosotros.

Ella miró de un lado a otro.

-¿Y Sunny y Bartholomew? ¿Dónde están?

Él se encogió de hombros.

-Supongo que hace mucho que se han ido.

Aquello alarmó a Madison.

-¡Oh, no! Esto es terrible. ¿Nos habrán visto?

-¿Terrible? -ni siquiera el frescor de la lluvia ayudó a apaciguar el repentino fuego de su rabia-. ¿Puedes decirme qué es tan terrible?

Ella trató de evitar su mirada.

-Si nos hubieran visto, se habrían llevado una impresión equivocada.

-Tiene gracia. Yo pensé que se habrían llevado una impresión muy precisa de lo que estaba sucediendo.

-Solo estábamos probando unas pocas reglas. No había nada personal en lo sucedido.

-Tú puedes seguir diciéndote eso si quieres. Si lo repites muchas veces, quizá llegues a sonar convincente.

-No puedes pensar que había algo más que eso.

Harry no se molestó en discutir. La tomó de la mano y se puso en marcha hacia el coche. La lluvia ya no resultaba primitiva ni seductora, sino solo fría e incómoda. El abrió la puerta del coche y esperó a que ella se subiera. El vestido se le pegaba al cuerpo, mostrando una figura que el traje de ejecutiva solo le había dejado intuir. Ni siquiera el vestido dorado de la cena le había hecho

justicia a su escultural cuerpo. Había algo en aquel vestido rojo de algodón que resultaba tremendamente sugerente.

Su rabia se fue disipando. Sé dijo a sí mismo que debía tener paciencia. No podía esperar superar veinticinco años de barreras cuidadosamente construidas en cuestión de unos pocos días.

-Te llevaré a casa para que te cambies.

-Gracias -dijo, mientras tiritaba-. Estoy helada.

-Pondré la calefacción.

Ella le indicó el camino hasta su casa, situada en lo alto de una colina, con una impresionante vista. Daba la sensación de que hubiera pertenecido a la misma familia durante generaciones.

Madison dudó antes de salir del coche.

-¿Quieres entrar a secarte?

-Sí -respondió él, sonriendo al intuir las contradictorias emociones que su respuesta le había causado a ella-. Pero no voy a hacerlo.

-¿Por qué? -la pregunta salió como un leve suspiro.

-Porque entonces querría retomar las cosas desde donde las hemos dejado en el parque.

Ella se volvió.

-¿Y eso es tan malo?

-No. Pienso que sería estupendo. Pero hay demasiadas cosas pendientes entre nosotros, asuntos que debemos resolver antes de ir más lejos.

-¿Te refieres al libro, a Sunny y a Bartholomew?

-Me temo que hay bastante más que eso. Ella se puso tensa.

-Si te refieres a mi trabajo...

-Eso es una parte. La otra es mi trabajo...

Ella creyó entender a qué se refería y se sintió culpable.

-Según dijiste, estas eran una especie de vacaciones con trabajo. Te estoy robando tú tiempo, ¿es eso?

-Sí. Y hasta que no complete mi último trabajo no creo que deba empezar una relación contigo.

Ella agitó las pestañas rápidamente.

-Una relación me resulta algo excesivamente comprometido. No nos conocemos bien.

-Estoy de acuerdo -torció la boca-. Pero eso no parece ponernos un freno, ¿verdad?

El leyó la respuesta en sus expresivos ojos. Después, suspiró aliviada y agitó la cabeza.

-Esto no tiene sentido, ¿verdad?

Él se rio con cierta ironía.

-Para mí tiene mucho sentido. Nos atraemos, eso está claro. Lo que yo no entiendo es por qué teniegas a aceptarlo. ¿Es que te da miedo el compromiso?

Ella no evitó la pregunta, en contra de lo que él esperaba.

-Ese es en parte el motivo.

Por fin iba a obtener algo de información.

-¿Qué es lo que temes, tener que comprometerte tú o que yo no lo haga?

-Las dos cosas -ella agarró el bolso y abrió la puerta. Tenía que distanciarse de él tanto emocional como físicamente-. Tengo que irme.

Él la alcanzó con intención de detenerla.

-Madison...

Ella lo miró.

-Me da miedo lo vulnerable que me haría una relación contigo. ¿Responde eso a tu pregunta?

-Sí. Pero también me sugiere muchas otras. ¿Por qué te da tanto miedo?

-Porque vi lo que el compromiso con un hombre le hizo a mi madre.

Ella salió rápidamente del coche y la lluvia empapó de nuevo sus cabellos.

El la siguió, mojándose también. Le daba igual.

-¿Qué le pasó a tu madre? -dijo él en voz alta, para poder superar el intenso ruido de la lluvia-. ¿Por qué el compromiso te hace vulnerable?

Ella corrió hacia el porche de su casa y, al cabo de pocos segundos, él estaba junto a ella.

-Madison, responde, ¿qué le ocurrió a tu madre?

Él notó cómo el orgullo la mantenía erguida y la ayudaba a combatir con terquedad las ganas de llorar.

-Amaba a mi padre -Madison apretó los puños-. Se comprometió en cuerpo y alma con él y se lo dio todo.

-¿El matrimonio fracasó? -no podía ser tan simple.

-Fue mucho más complicado.

-¿Qué ocurrió, Madison?

-Mi padre -dijo ella con rabia-. El práctico y lógico señor Adams destruyó a mi madre. Yo no quiero que eso me ocurra a mí. No quiero un hombre lógico y práctico en mi vida. No quiero un hombre que pueda destrozarme con absoluta precisión y frialdad.

-¡Yo nunca haría algo así!

La lluvia seguía cayendo con fuerza, como un manto de agua

gris.

-No lo harás, porque yo no te lo voy a permitir.

-Madison...

-Me tengo que ir. Uno de los Sunflower me llamó cuando estábamos en el parque. Alguien me necesita.

«Pero yo te necesito más», estuvo a punto de decir él.

-De acuerdo. Te veré mañana en tu oficina. Seguiremos hablando.

-Quedamos a las nueve y zanjaremos el tema.

-No creo que vayamos a zanjar nada.

Ella hizo una mueca.

-Ya lo veremos.

Se dio media vuelta y se metió en la casa, mientras Harry se quedaba de pie, mirando la puerta cerrada.

-No te voy a dejar que permanezcas lejos de mí por mucho tiempo. Es una promesa.

-¿Qué principio vas a demostrarle a Madison? -le preguntó la tía Dell a su sobrino-. Yo no consigo decidirme.

Harley sonrió.

-Muy sencillo. Yo escrito los que quedan en unos papelitos y voy a elegir uno al azar.

-Un método muy científico -dijo ella satisfecha-. Quizá deberíamos recomendarle ese método a Sunny, para que nos lo aplique a todos.

-Pues cuanto antes, mejor. Tan pronto como consigamos probarle todos los principios, yo conseguiré mi BMW.

-¿No era un Mercedes?

-He cambiado de opinión.

Tomó uno de los papelitos y lo abrió.

Dell miró por encima del hombro de su sobrino, tratando de leer el contenido.

-Dice algo sobre trabajar juntos y hablar. ¡Bien!

Madison no para de hablar, así que lo único que

tengo que conseguir es que trabajen juntos y ya está.

-Me temo que no será tan sencillo.

Él hizo un gesto de despreocupación.

-Tranquila. Lo tengo todo controlado. Estoy tan seguro de que funcionará, que estoy por decirle a Sunny que reserve la iglesia. ¿Y por qué? Porque Harley Sunflower, el experto en amor, está a cargo de esta misión. Por eso.

-Bien, cariño -dijo ella-. Mientras tanto, el resto de nosotros rogaremos para que el principio sobre el que vas a trabajar no sea



uno de los más importantes.

CAPÍTULO 6

Principio 6: Cómo trabajar como socios. Las finanzas, los niños y otros temas importantes.

BIEN. Ya estoy aquí -anunció Madison en cuanto Harry abrió la puerta de su suite. Trató de mantener un tono directo y claro, yendo al grano. En un acto de desafío, se había puesto un traje rojo que brillaba con la misma intensidad que el traje del día anterior-. ¿Qué ocurre, qué era tan urgente?

Harry resopló exasperado.

-¿Qué tal si primero me das los buenos días?

-¡Vaya! Lo he vueltoo a hacer, ¿verdad? -¿cuándo iba a aprender? Quizá si no hubiera estado tratando de olvidar lo sucedido el día anterior, habría recordado las normas mínimas de educación-. Buenos días, ¿cómo estás?

-Bien, gracias. Entra.

Ella sonrió y entró.

-¿Y bien? ¿Qué pasa?

Allí, de pie ante él, se olvidó de todo cuanto llevaba en mente. Ya no llevaba aquel traje con que lo había visto en anteriores ocasiones, tampoco los vaqueros del día anterior. Solo llevaba puestas una toa

lla y aquella peligrosa sonrisa que tanto la perturbaba.

Ante ella estaba él, de brazos cruzados, mostrando sus impresionantes bíceps y su increíble torso con una ligera capa de vello que descendía hasta su vientre plano y se escondía en la toalla.

Al moverse, el paño de felpa descendió, amenazador, unos milímetros.

-Cuando centras tu atención en algo, lo haces de verdad, ¿no es así?

-Sí, así es. Tengo un extraordinario poder de concentración.

-Pues, si no te importa, centra tu atención en otro punto, a menos que quieras que te desnude de inmediato y te meta en la cama más cercana.

Madison alzó la vista.

-¿Cómo?

Él bajó los brazos y se acercó lentamente. De algún modo, logró que todos aquellos músculos trabajaran en perfecta coordinación.

Al llegar junto a ella, le tomó suavemente la barbilla y le alzó la cabeza.

-Habla cuanto antes, o no vas a tener oportunidad de decir nada más durante mucho, mucho tiempo.

-¿No? -preguntó ella con la respiración entrecortada-. ¿Por qué?

-Porque mi boca estará sobre la tuya.

Aquella frase le hizo revivir la sensación de aquel beso bajo la lluvia. Le gustaba sentir su boca, le gustaba demasiado. La hacía consciente de lo vulnerable que era una mujer en brazos de un hombre como aquel.

El principal problema era cómo se sentía después de sus besos. Tardaba horas en recobrar el sentido común y en volver a admitir que lo que tenía que hacer era guardar las distancias. Ya había estado demasiado cerca de permitirle el acceso a zonas privadas de su vida que prefería mantener enterradas. No podía permitirse tanta vulnerabilidad.

Ella se esforzó por imprimir una nota de formalidad a su discurso.

-No he venido aquí para que pudieras besarme -por mucho que lo deseara.

-Pues dime rápidamente a qué has venido, o cumpliré mi reciente promesa.

-Quizá deberías vestirte, antes de nada -dijo ella, y se apartó de él-. Seguramente ayudará a que podamos tener una conversación lógica.

-De acuerdo -se rindió él-. Dame unos minutos para que me duche y me vista. Después hablaremos.

-De negocios.

El sonrió.

-Entre otras cosas.

Al ver que se alejaba, Madison tuvo una sensación incómoda. Seguro que querría hablar de lo sucedido en el picnic y de su vida, pero ella no quería recordar ni a su madre ni a su padre, ni aquellos terribles años del divorcio. Había cosas sobre sí misma que prefería mantener ocultas en los más oscuro y profundo de su alma.

El sonido de agua corriendo la distrajo de su soliloquio. Pensar en Harry en la ducha fue suficiente para que su mente analítica sufriera un cortocircuito: se lo imaginó desnudo, con un torrente de agua cayéndole por el cuerpo. Se imaginó lo que ocurriría si se unía a él. Su enorme cuerpo ocuparía gran parte del espacio y la acorralaría contra la pared. Sus cuerpos enjabonados acabarían restregándose el uno contra el otro...

Harry chasqueó los dedos ante ella.

-Despierta, princesa.

La imagen desapareció como una pompa de jabón. Ante ella estaba Harry, vestido y afeitado.

-¿Qué? ¿Ya has terminado? -¡cómo había pasado el tiempo !

-Sí, ya he terminado. Y lo estás haciendo otra vez.

-¿Qué estoy haciendo?

-Me estás mirando de un modo que me hace querer desnudarme mucho más rápido de lo que me he vestido.

-Me sorprende que puedas haber hecho tanto en tan poco tiempo.

-Pero si he tardado veinte minutos.

Ella se encogió de hombros.

-Es todo culpa del trabajo. Estaba considerando una serie de cosas sobre cierto asunto.

-¿Quieres consejo?

-No, gracias -estupendo, había logrado hablar sin balbucear-: Si ya estás listo, te rogaría que fuéramos directos al asunto.

-¿Y cuál es el asunto?

Frunció el ceño.

-Tú me has pedido ayuda -dijo ella y él la miró con curiosidad-. Harley me llamó y me dijo que viniera a tu hotel de inmediato. ¿Ha sido un error?

-¿Qué es, exactamente, lo que te ha dicho Harley?

-Que necesitabas mi consejo para el trabajo que estabas haciendo -Madison ocultó su desconcierto tras una sonrisa-. Creo que es muy interesante por tu parte contar con opiniones ajenas y yo estoy encantada de poder ayudar.

-Eres muy generosa.

Había algo en su tono de voz que no pudo identificar. ¿Era sarcasmo, ironía?

Ella suspiró.

-Déjame adivinar: Harley lo ha entendido todo mal.

-Sugiero que vayamos a tu oficina, con el fin de que podamos discutir todo esto en un contexto profesional, no aquí.

Algo no iba bien. ¿Por qué tenían que ir a la oficina de ella para hablar del trabajo de él?

-Excelente sugerencia -dijo a pesar de todo-. ¿Estás listo?

-Déjame que vaya por mi maletín -dudó un momento-. ¿0 piensas que primero deberíamos hablar de lo de ayer?

Ella alzó la barbilla.

-No creo que tengamos nada que discutir sobre ayer.

Él levantó una ceja.

-Tiene gracia. Yo creo que hay unas cuantas cosas que deberíamos aclarar.

-No recuerdo ninguna -dijo en un tono de reto.

-¿No? Pues no me voy a molestar en recordarte la más obvia: el beso bajo la lluvia.

-Muy amable por tu parte.

Una expresión peligrosa brillaba en los ojos de Harry, había en ellos algo cargado de mucha sensualidad.

-Espero que, al menos, me cuentes algo más sobre lo que pasó con tus padres.

Madison se cruzó de brazos, temerosa de mostrarse tan a la defensiva como se sentía.

-Se divorciaron, eso es todo. 0, permíteme que lo diga de otro modo: eso es todo lo que a ti te interesa saber.

-Por ahora.

Su seguridad la sacaba de quicio.

-No. Ese es un tema sobre el que no quiero hablar, ni ayer, ni hoy, ni nunca.

-Supongo que eso también tiene que ver con tus problemas para comprometerte.

Le había contado demasiadas cosas el día anterior, le había concedido que se tomara demasiadas libertades.

Bien, tenía que pararle los pies. Quizá él estuviera interesado en una relación, pero ella no lo estaba.

-¿Madison?

El modo en que dijo su nombre pareció contener cierta urgencia y cierto ruego tácito de que se lanzara a sus brazos.

Retrocedió tan rápidamente que el tacón se le enganchó en la moqueta. Él, que estaba a su lado, la sujetó para que no se cayera.

Durante un minuto sus miradas se cruzaron y su silencio habló más claramente que su locuacidad. Todos los temores de Madison se exhibieron impunemente a pesar de ella, mientras que la determinación que él tenía de lograr su objetivo se hizo también muy clara.

-Voy por mis cosas -dijo él mientras la soltaba.

En el momento en que se puso la chaqueta y tomó el maletín, se convirtió en otro hombre.

Cada vez que estaban juntos, Harry revelaba una nueva faceta de su personalidad. Y, sin duda, la que más peligrosa le resultaba a ella era la de seductor, aunque, cara al mundo, seguramente sería aquella última imagen de sí mismo: el hombre de negocios e incomparable economista.

La confirmación de aquella sensación la tuvo poco después, al bajar a la recepción del hotel.

Todos le preguntaban azorados si estaba cómodo y si su suite era

suficientemente grande.

Algunas de las personas con las que se topó debían de ser asociados o vinculados al negocio y su nerviosismo era aún mayor y más patente. Le pidieron consejo sobre todo tipo asuntos y se ofrecieron varias veces para quedar a su servicio.

Para cuando la breve conversación concluyó, Madison había llegado a la conclusión de que la presencia de Harry en Seattle provocaba cierto revuelo. Ella no podía evitar considerar divertido el que aquellos hombres se hubieran dejado engañar por la pose de Harry. ¡Qué poco sabían!

El último individuo que habló con él era un empleado.

-Justamente iba ahora para arriba. ¿Llego tarde? -No, Dane. Simplemente, es que he cambiado de planes. ¿Tienes la información que te pedí?

-Sí, la tengo aquí, señor Jones -le dio una carpeta-. Me pidió un estudio superficial. Si quiere algo más profundo, me lo dice y se lo preparo.

-Con esto bastará.

-De acuerdo, señor. Para usted estoy disponible las veinticuatro horas. Llámeme cuando lo crea necesario.

-Gracias. Pero te puedes tomar el resto del día libre.

Dane lo miró atónito.

-¿Está seguro?

-Sí, lo estoy.

-Gracias, señor.

En cuanto Dane se marchó, Harry se volvió hacia Madison, que lo miraba sonriente.

-¿Qué te hace tanta gracia?

Ella lo agarró del brazo y sintió una agradable sensación.

-La verdad es que es increíble cómo tienes a todo el mundo comiendo de tu mano. Esa técnica tuya para intimidar, ¿es algún método científico?

El levantó una ceja.

-Pero a ti no te engaño, ¿verdad?

-Ni por un segundo -le confirmó ella-. Me conozco tus trucos.

-¿Y si no fueran trucos? ¿Y si esa gente tuviera motivos reales para tenerme miedo?

Ella se rio.

-Ni te molestes en tratar de convencerme de eso. Te conozco demasiado bien.

-¿De verdad que no te intimido ni un poco?

-Ni siquiera un poco.

-Interesante.
Ella lo miró con curiosidad.
-¿Qué te resulta tan «interesante»?
-Que eres una novedad, Madison.
-Por favor, no me creo que sea la primera persona en darse cuenta de que tú ruges pero no muerdes.
-Creía que el dicho hablaba de ladridos, no de rugidos.
-Los perros ladran, pero los leones rugen.
-Así es que, aunque soy un león, no intimido demasiado.
Ella le dio unos golpecitos en el brazo.
-Quizá es, precisamente, porque no me intimidas ponlo que quieres mi consejo.
-Pues no, no es por eso.
-Entonces debe ser porque soy preciosa, inteligente y una experta en asuntos financieros -bromeó ella.
-Cuanto has dicho es cierto, pero tampoco es por eso.
-Qué decepción...
-Espera a que lleguemos a tu oficina y- responderé a tu pregunta.
De pronto se le ocurrió pensar que, tal vez, por causa de su negocio, su necesidad de ella fuera tan «personal». El único modo de averiguarlo era yendo con él.
-Pero, antes de nada -le advirtió él-, quiero que tengas claro que no voy a hacerte daño, que todo cuanto haga lo haré por tu bien y puedes confiar en que te protegeré y te mantendré a salvo.
Lo miró confusa, con un gesto vulnerable.
-No necesito que nadie me proteja. Y sugiero que nuestra relación sea exclusivamente de negocios.
-Seguiré haciendo cuanto pueda porque cambies de opinión.
-¿Sabes? Estoy empezando a pensar que no nos parecemos en nada -protestó ella-. Pensé que eras un hombre razonable.
-Y lo soy.
Ella lo miró con exasperación y cierta diversión, pero no respondió. Simplemente, se encaminó hacia la salida, con aquellos enormes tacones y la falda apretada, completamente ajena a cómo llamaba la atención.
No tardaron mucho en llegar a la oficina, que estaba al norte de la ciudad.
Él sentía una tremenda curiosidad por verla, por saber dónde habían situado los Sunflower a su gestora financiera y mediadora en problemas familiares.
Se trataba de una casa antigua, situada al pie de la colina de

Queen Anne. Al entrar, vio una habitación que había sido convertida en oficina y que estaba equipada con todo lujo de aparatos modernos. Había una enorme mesa de metal y cromo que ocupaba el centro, y que contrastaba con el tradicional entorno.

Una muchacha con el pelo de color morado estaba detrás de un escritorio, dando un punto aún más peculiar a la oficina.

Lo miró con descaro.

-No juzgues por las apariencias -le dijo, antes de que pudiera decir ni una sola palabra.

-¿Eres Rosy?

-¿Quién si no?

La muchacha se puso los auriculares que tenía alrededor del cuello y empezó a hablar ante el micrófono, marcando una extensión con el dedo, engalanado con una larga uña artificial.

-¿Qué le pasa? -le preguntó Harry a Madison.

-Cuesta un poco acostumbrarse a ella. Es estupenda en eso de mantener a la gente firme.

-Te creo -respondió él-. Quizá deberíamos hablar en tu oficina.

-Está en la parte de atrás. Rosy levantó la vista.

-Sunny viene para acá. Quería decirte algo sobre la «escapada» de ayer. Esa fue la palabra que ella empleó.

Madison se atragantó.

-Harley ha llamado cuatro veces. Quiere que sepas que su urgencia es ahora un BMW. También se queja de haber intentado localizarte cuatro veces y no haberlo conseguido. ¿Qué has hecho? ¿Has apagado el móvil?

-Se ha empapado.

-Eso debió de pasarte en el picnic.

-¿Algo más? -la interrumpió Harry.

Rosy se volvió y lo miró con desprecio.

-Tiene gracia. Yo habría jurado que estaba hablando con Madison.

-Pues te equivocas. Tu jefa se va a ir a su oficina, mientras tú y yo intercambiamos unas palabritas. Después atenderás a todas sus llamadas durante un rato. ¿Hay algo que quieras decirle antes de que eso ocurra?

Madison empezó a interceder. Pero una mirada fue suficiente para que se diera la vuelta y descendiera por el pasillo.

Rosy sacudió la cabeza.

-¡Vaya! Eres un hombre duro.

-Sí. Tengo músculo suficiente como para partir cualquier boca. ¿Y tú?

-No, lo mío es solo hablar.

El sonrió.

-Al menos eres sincera -su sonrisa se desvaneció-. Ahora, explícame porqué Harley le dijo a Madison que tenía que trabajar conmigo. Porque le voy a hacer pedazos si no me gusta la respuesta.

Rosy le lanzó una mirada desafiante.

-¿Qué más te da, si es la verdad? ¿0 no?

-Quizá lo sea. Todavía no sé si aceptaré el trabajo o no. Hoy estoy aquí por otros motivos. Dile a Harley de mi parte que quiero hablar con él. Mejor, díselo a toda la familia. De momento, me voy a reunir con Madison y no quiero que nadie nos interrumpa. ¿Entendido?

-Creo que sí.

-Asegúrate de que sí.

Harry dejó a Rosy y siguió el mismo camino que había recorrido Madison.

Entró en el despacho de ella y le reconfortó comprobar que la decoración era relajante y tranquila, con ese toque femenino y elegante que caracterizaba a Madison. No tenía nada que ver ,con la agresiva decoración del despacho de Rosy.

Madison estaba sentada detrás de su escritorio y lo miraba con total estoicismo, lo que no pareció sorprenderlo en absoluto.

-Tu familia no parece fácil de intimidar -dijo él, en un tono de conversación jovial.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

-Debe resultar realmente frustrante.

-Sobreviviré -respondió él.

-¿De qué has hablado con Rosy?

-Le he preguntado por qué Harley te había dicho que fueras a mi habitación de hotel para que trabajáramos juntos.

-¿Qué más te da quién y por qué me lo dijo?

-Tu familia sabía que yo sería quien establecería el momento en que eso tuviera lugar.

Ella asintió, como si su comentario no hubiera hecho sino ratificar sus sospechas.

-¿Y cuándo iba a ser eso, antes o después de haberme seducido?

CAPÍTULO 7

Principio 7: Son necesarias la confianza, la honestidad y la sinceridad, y ser capaz de hablarle a tu pareja del pasado.

SÍ, DEFINITIVAMENTE iba a ser después de que te hubiera seducido -le aseguró Harry-. Para serte sincero, seducirte es lo único que me importa. El trabajo es algo totalmente secundario.

Madison retiró el sillón y se levantó indignada.

-Esto no es una broma.

-Me alegro de que lo veas como yo.

Ella se volvió y se dirigió al ventanal que había tras el escritorio. Abrió las puertas que conducían a un jardín lleno de flores.

-¿Por qué estás aquí, Harry? Y me gustaría que esta vez me dijeras la verdad.

-No creo que realmente sea eso lo que quieres saber -se aproximó a ella desde atrás y ella se tensó-. Pregúntame con la misma sinceridad que me pides.

-Los hombres con los que te encontraste en el hotel parecían estar preocupados por el proyecto en que estabas trabajando ahora -se volvió hacia él bruscamente y se enfrentó a su mirada-. Ese proyecto soy yo, ¿verdad?

-Sí -respondió él.

-Así que soy yo el favor que le prometiste a tu padre -dijo ella, con un ligero temblor en la barbilla-. Me hablaste de ello cuando estábamos en el ascensor. ¿Se supone que tienes que revisar mi trabajo, para comprobar si estoy haciendo las cosas bien para mi familia o no?

Las cosas no iban como él quería ni había previsto. Su trabajo nunca se desarrollaba con tanta brusquedad, lo que hacía que fuera doblemente molesto que estuviera sucediendo precisamente en aquel caso. Quizá el que su último objetivo en aquel asunto fuera de vital importancia, y el hecho de que no fuera, realmente, algo profesional había hecho que todo se desarrollara de aquel modo tan poco ortodoxo.

-Le dije a mi padre que consideraría la posibilidad de revisar tus asuntos financieros, pero primero quería saber cómo eras, cómo llevabas las cosas, antes de interferir.

¿Somos demasiada poca cosa?

El sonrió.

-No es por eso por lo que he dudado si hacerlo o no.

-Entonces, ¿por qué?

El temblor de su barbilla comenzó a afectarle a la voz. Él habría deseado poder abrazarla, reconfortarla. Trató de alcanzarla, pero su

reacción lo advirtió de que no aceptaría sus brazos, ni su intento de aliviarla.

Retrocedió y bajó los brazos. Se dijo a sí mismo que debía seguir con aquello sin permitir que sus asuntos personales se interpusieran.

-Porque no se trata de algo estrictamente profesional -le dijo.

Madison tardó unos segundos en asimilar la información.

-Y al final, ¿qué has decidido? ¿Lo vas a aceptar o no?

-Esa es una pregunta interesante. Para serte sincero, tengo que sopesar mis alternativas.

-¿Y cuáles son esas alternativas?

El se aproximó una vez más a ella y comenzó a pasarle el dedo por la mano que tenía apoyada sobre la puerta que daba al jardín.

-Lo primero que me tengo que plantear es cómo puede afectar eso a mi relación contigo.

Ella se quedó inmóvil, ante el efecto de su tacto.

-De ningún modo -susurró-. Porque no tenemos ninguna relación.

-Eso es mentira -dijo él y la acarició de nuevo-. Lo segundo a tener en cuenta es saber si te importará o no que revise tus operaciones.

Ella se estremeció.

-Claro que me importa. Pero solo porque no lo considero necesario.

Él continuó acariciándola.

-En tercer lugar... y esto no es una duda, sino una afirmación, si no miró tus cuentas, siempre te preguntarás si habrías ganado algo o no con mi intervención.

-Esto no es un juego de azar, Harry -dijo ella con la voz dominada por la rabia-. Se trata de mi vida.

-Según tú misma has dicho desde el principio, tú y yo somos iguales. Sé cómo reaccionarás si me marcho sin más. No podrías evitar preguntarte si hay otro modo de incrementar el capital de tu familia. Empezarás a dudar de tu decisión, a especular respecto a lo que habría sucedido de haberte decidido por otra opción.

-No lo creo -insistió ella-. Soy buena en mi trabajo. De hecho, soy mejor que buena.

-Entonces, no tienes nada de lo que preocuparte.

Sus ojos se llenaron de dolor.

¿De verdad que no?

El resopló desesperanzado.

-Madison...

-Bartholomew no te habría pedido algo así de no haber sido mi

familia la que lo hubiera solicitado.

Habría preferido que no hubiera sacado esa conclusión.

-Sunny se lo ha pedido -su respuesta fue como una bomba, aunque no había hecho sino confirmar sus sospechas-. Lo siento, cariño. No tenía planeado decírtelo así.

-¿Cómo, entonces? -la pregunta se escapó de entre sus labios rígidos y pálidos. Toda ella estaba pálida-. ¿Pensabas hacerme creer que era idea mía?

-Algo así. Por desgracia, Harley decidió intervenir.

La rabia eclipsó el dolor.

-¿Piensas que no me habría dado cuenta?

-Pienso que la verdad habría acabado por salir a la luz. Yo mismo me habría asegurado de que fuera así -no pudo vencer a la tentación de acariciarle un rizo-. Pero lo único que he conseguido ha sido empeorar las cosas. Lo siento.

Ella se apartó de él.

-Deberías haberme dicho la verdad desde el principio.

-¿Cuándo? ¿En el ascensor, mientras estabas luchando contra la claustrofobia?

-Pues sí -respondió ella agitando sus rizos con rabia, dando rienda suelta a su indignación-. Al menos así habríamos podido enfrentarnos a esta situación con sinceridad.

-Todavía no sabía si aceptar o no el trabajo. No creía necesario decir nada hasta no haber tomado una decisión.

-Pero ya la has tomado -dijo ella.

-Sí. Pero, ¡maldita sea!, te prometí que no te haría daño y resulta que te lo estoy haciendo.

-También me prometiste actuar solo por mi bien -su adorable boca se comprimió en una triste línea-. Pues me parece que has fallado por completo.

-Estás equivocada en eso. No te das cuenta ahora porque estás enfadada. Pero te aseguro que si me dejaras echar una ojeada a las cuentas de tu familia, eso ayudaría a tranquilizar las cosas entre tú y yo. Así, los negocios quedarían a un lado y podríamos concentrarnos exclusivamente en lo personal.

Ella hizo un gesto de desprecio con la mano.

-No hay nada personal entre tú y yo. Ya no. Me has engañado y eso es algo que no puedo soportar. Necesito confiar en la gente que me rodea, especialmente cuando se trata de asuntos de negocios.

-Todavía no lo has entendido -dijo él-. El que yo trabaje contigo no es una asunto de negocios.

Ella lo miró con impaciencia.

-¿Qué quieres decir?

-Venga, Madison. Yo creo que tú conoces bien a tu abuela y no está siendo precisamente sutil. Está más que claro que no es el estado financiero de la familia lo que le preocupa, sino que trata de emparejarnos.

Madison soltó una dolida carcajada.

-No lo entiendes porque no conoces todos los antecedentes.

-Pues cuéntamelos.

Ella respiró profundamente.

-Soy una Adams, y por eso quieren comprobar que no soy tan corrupta como mi padre.

Aquella explicación lo dejó frío.

-Explícate.

-Siento mucho que te hayan puesto a ti en medio -le dijo ella y salió al jardín. El la siguió.

El lugar era encantador, y se notaba que alguien había puesto mucho esfuerzo en él. Era un jardín colorido y vivaz como Madison.

-Esto es precioso. Ella asintió orgullosa.

-He descubierto que la jardinería es estupenda para relajarse. Deberías haber visto este lugar hace unos cuantos años. Era un desastre. He tenido que aprender mucho porque, cuando empecé, no sabía absolutamente nada.

Era patente que el jardín no había sido diseñado por un profesional. Las flores surgían de cualquier lugar en una distribución espontánea, pero muy hermosa. Era también evidente que aquel espacio era tratado con mimo y cuidado.

Sin duda, aquel era el único lugar en el que podía liberarse de su constante necesidad de autocontrol.

-Si no recuerdo mal, te conté que mi padre era economista -dijo finalmente ella.

-Me dijiste que habías heredado tu naturaleza práctica de él.

-Sí, mi padre era muy práctico -ella se situó junto a una planta de menta y comenzó a acariciarle suavemente las hojas. Sin duda, quería evitar la mirada de Harry-. Mi padre era también uno de los hombres con menos ética que existen. Era un ladrón y un mentiroso.

Harry hizo una mueca. No se había esperado nada semejante.

-Supongo que esa afirmación no parte de la mera especulación.

-No. Durante los años que estuvo casado con mi madre, fue mermando sistemáticamente el patrimonio de los Sunflower.

Harry se aproximó a Madison.

-¿Fue Sunny la que te contó todo eso?

Ella lo miró fijamente y, finalmente, negó con la cabeza.
-Fue mi padre.
Él la sujetó del brazo.
-Espera un momento. ¿Quieres decir que tu padre confesó que le había robado dinero a tu madre?
Ella evitó su mirada, dejando que se perdiera a lo lejos.
-Estaba incluso orgulloso de ello.
-No lo entiendo.¿Por qué te confesó algo así?
Ella soltó una carcajada amarga.
-No fue ninguna confesión, Harry. Estaba presumiendo, quería que lo admirara por ello.
-¡Qué hijo de...! -se tragó el resto de la expresión-. ¿Y qué hizo tu madre al respecto?
Acababa de hacer la pregunta menos adecuada. De pronto, los ojos de Madison se llenaron de lágrimas y, a pesar de que trataba de mantener la calma, el dolor contenido durante tanto tiempo era demasiado fuerte.
-Nunca se lo dije.
-¿Por qué, Madison? -le preguntó.
La primera lágrima se deslizó por su mejilla.
-Porque no pude encontrarla.
Él dudó un momento. Luego, la tomó en sus brazos y la llevó hasta un banco de madera. Madison hundió el rostro en su pecho y lloró amargamente. Cuando levantó finalmente la cabeza, Harry se quitó con el dedo las lágrimas que se habían posado sobre su chaqueta.
-Mira lo que he hecho con tu chaqueta.
-Me da lo mismo -dijo él, mientras enroscaba el dedo alrededor de uno de sus rizos-. ¿Quieres contarme todo lo demás?
-No queda mucho por explicar.
-¿Qué le ocurrió a tu madre?
-Mi padre se divorció de ella y consiguió mi custodia ante los tribunales -le contó mientras trataba de recobrar el control-. Por eso no pude encontrar a mi madre, porque él me apartó de ella.
-¿Cómo pudo obtener la custodia?
-Los Adams son una familia de abogados y economistas muy habilidosos y metódicos. Han conseguido corromper todo lo que de bueno tienen ambas profesiones. Mi padre menospreciaba tanto a mi madre como a su familia por considerarlos unos necios.. En los tribunales alegó que eran un peligro para mi bienestar y consiguió ganar. Yo lo único que recuerdo es que salí de allí llorando y pataleando.

-¿Cuántos años tenías?

-Diez.

-¿Dónde está tu padre ahora?

Ella se encogió de hombros.

-En algún lugar del Este -hizo una mueca de desprecio-. No hablo demasiado con él.

-¿Y tu madre?

-Se marchó a Europa después del divorcio. Aparece por aquí de vez en cuando.

Así que Madison había perdido a su madre y a su padre. No le extrañaba que fuera tan contenida. Había aprendido a defenderse de las emociones hacía mucho.

-¿Cuándo viniste otra vez a Seattle?

-El día que cumplí dieciocho años. Desde el momento en que mi padre me llevó con él, yo empecé a soñar con volver a casa. Cuando las cosas se ponían muy mal, me entraba la pataleta y pedía que me enviarán aquí -sonrió-. Nunca funcionó. Así que el día que cumplí los dieciocho años, simplemente, agarré mis cosas y me vine con Sunny.

-¿Qué ocurrió entonces?

-Fui a la universidad y aprendí todo lo necesario para poder deshacer el mal que mi padre había causado. Y, desde el día en que me gradué, he dedicado mi vida a reparar lo que él hizo -Madison se escapó de los brazos de Harry. Lo miró-. Puede que no lo creas, pero soy muy buena en mi trabajo. Los Sunflower estaban casi en la bancarrota cuando yo llegué aquí. En los pocos años que llevo trabajando para ellos he conseguido, no solo recuperar lo perdido, sino también añadir aún más capital. Incluso he logrado devolverle esta casa a la familia.

-No dudo de nada de eso -dijo él-. Pero hay algo que me parece que nadie se ha preocupado en explicarte, y es que las acciones de tu padre no fueron culpa tuya. Tú no tienes que pagar por lo que él hizo.

-Yo no estoy pagando por nada, solo protejo a los Sunflower -lo corrigió ella-. Hay una gran diferencia. Mientras yo tenga el control de la situación, mi familia estará a salvo de mi padre y sus acólitos.

Harry volvió a la discusión original.

-¿Así que piensas que me han enviado aquí por causa de lo que hizo tu padre, para asegurarse de que no sigues su ejemplo?

-¿Qué otra razón podría haber, si no? -las lágrimas amenazaron con salir una vez más. Pero logró controlarlas-. No los culpo. Es una decisión razonable.

Él intervino con precaución.

-No dudo que lo sería si estuviéramos tratando con gente práctica. Pero no es así, y creo que necesitaríamos considerar otras razones.

-Te refieres a tu teoría de que tratan de juntarnos.

-Sí.

Ella meneó la cabeza en señal de negativa.

-Es absurdo pensar que la petición de Sunny se base solo en el deseo de que siente la cabeza.

-Pero es aún más ridículo pensar que pueda haber otro motivo -dijo él-. Por lo que has dicho, ella no era consciente del robo del que estaba siendo objeto. Pero, realmente, si quieres saber el motivo, lo mejor sería que se lo preguntaras.

-¡No! No puedo avergonzar a Sunny con una pregunta así.

-Sinceramente, dudo que Sunny se avergüence por nada. Te garantizo que estaría muy triste de pensar que has mal interpretado sus acciones -por su mirada, se dio cuenta de que no la había convencido-. De acuerdo, no le diremos nada de esto a tu abuela. Miraré cómo están las cuentas de la familia y tú cooperarás.

-¿Por qué?

-Porque eso hará que se aclaren las cosas. Si siguen tratando de que sigamos juntos después de que todo esto haya terminado, será la prueba clara de que ese es su propósito.

-¿Es esa mi única opción?

-No. Te puedes limitar a aceptar lo que tu familia te está tratando de dar, sin protestar más.

¿Y qué es lo que tratan de darme?

El inclinó la cabeza y la acercó hasta que sus labios estuvieron a solo unos milímetros de distancia.

-A mí.

Lentamente la besó. Era suave, tierna y estaba ansiosa de sentirlo cerca. Había demasiados secretos entre ellos aún, pero, al fin, el primero había salido a al luz, y él ya sabía a qué atenerse. Al menos, no la había perdido.

El tiempo lo ayudaría a enfrentarse a cuanto quedaba por llegar.

-No sé cómo vamos a hacer para superar las intervenciones de Dell y de Harley -dijo Daniel mientras se sentaba ante el escritorio de Rosy-. Han sido de mucha ayuda. Gracias a ellos, Harry y Madison se han pasado toda la semana trabajando juntos.

-Pero no han parado de discutir y yo no he encontrado ninguna regla en el libro de Jones que hable de eso.

Daniel la miró pensativa.

-¿Estás segura de que no habla de eso?

-Te lo aseguro. Me lo he leído dos veces.

-Vaya...

Rosy dejó los auriculares del teléfono sobre la mesa.

-De cualquier modo, hay que reconocer que Harley y Dell no han conseguido superar un principio sino dos. Esos dos idiotas son el ejemplo claro de cómo la incompetencia que lleva al desastre es la base del éxito. Increíble, pero cierto.

-¿Y qué vamos a hacer? -preguntó Daniel.

Rosy se quedó pensativa.

-Supongo que sería mucho esperar que nos ocurriera lo mismo.

-Sí, creo que sí.

-Sabía que dirías eso. Pero si no intervenimos pronto, puede que Harry y Madison ni siquiera necesiten nuestra ayuda.

El tío Daniel agitó la cabeza con frustración.

-No sé cómo lo vamos a hacer.

-¿Cuántos principios nos quedan disponibles? -preguntó Rosy.

-No muchos -dijo el tío Daniel-. Uno dice no sé qué de la perfección, y el otro... -se ruborizó-. El otro habla de sexo.

-Sexo -Rosy sonrió satisfecha-. Yo me puedo encargar de eso.

-¡Yo no he oído nada!

-Claro que lo has oído, tío, pero no quieres reconocerlo -ella se inclinó sobre él y le dio unas palmaditas-. No te preocupes, yo me encargaré de todo. No tendrás que mover un dedo y, a pesar de todo, te daré parte del mérito.

-Por favor, Rosy, preferiría que no me mezclaras en nada así.

-Relájate. Ya verás como todo sale bien -miró en dirección al pasillo, hacia la oficina de Madison-. Ya verás como esos dos descubren muy pronto que hay cosas mejores que compartir un escritorio.

CAPÍTULO 8

Principio 8: La perfección no existe. Lo que cuenta es lo que es realmente importante para ti.

DEJA DE ser tan cabezota, Madison.

-¿Cabezota? -miró fijamente a Harry-. ¿Cómo puedes llamarme cabezota? Ya revisamos las cuentas de Harley hace tres días. ¿Para qué quieres hacerlo otra vez?

-Todavía hay cosas que no me quedan claras.

-Pero si es todo absolutamente transparente -se puso en jarras-. Ya has revisado todos los ficheros que tengo en la oficina y el informe que tenemos aquí. ¿Ahora quieres que empecemos todo de nuevo? No lo entiendo, sinceramente. Creo que solo puede haber una explicación. Estás tratando de alargar el proceso.

-¿Por qué o para qué iba yo a hacer eso?

-No tengo ni idea, Harry -dijo ella con exasperación-. Pero sospecho que tiene algo que ver con evitar que interfiera en la relación de Sunny y tu padre.

Él levantó una ceja, en un gesto que Madison ya conocía y que le resultaba tan irritante como divertido. Siempre acababa por hacer que su enfado se

disolviera en una dulce risa. A juzgar por la cantidad de veces que lo hacía, podría parecer que a Harry le gustaba la risa de ella.

Madison se paró a pensar unos segundos. ¿Cómo había surgido entre ellos aquella confianza? Seguramente, había ocurrido el día en que, acurrucada entre sus brazos, le había hablado de su infancia.

-Me sorprendes, Madison. ¿Estabas pensando en interponerte en la relación de Sunny? -le preguntó.

-¡Por supuesto que no! -dijo ella. Ante la falta de respuesta de Harry, se encogió de hombros y optó por ser completamente sincera-. Al menos, no mucho. Solo quería asegurarme de que no estaban cometiendo una locura.

-Algo así me imaginaba -dijo él y agarró un archivo- ¿Te parece que revisemos una vez más las cuentas de tu primo?

-Ni hablar. No hay ningún motivo. Yo he hecho un trabajo increíble durante los pasados cuatro años. Admítelo, Harry.

-Lo admito.

-Entonces, ya está.

Él la miró con una llama en los ojos.

-De eso nada. Todavía nos quedan muchas cosas por hacer.

-De las cuales, ninguna tiene nada que ver con los Sunflower, ¿verdad?

Alguien llamó a la puerta, evitando que él tuviera que

responder.

Rosy entró en la oficina.

-Hola, Jones. Un tipo te ha llamado, diciendo que es un cliente, que es urgente y que le devuelvas la llamada.

-¿Ese cliente tiene un nombre?

-Sí. Bradford.

La expresión de Rosy cambió de repente, haciéndose fingidamente dulce y melosa. Madison se preguntó si debía intervenir o debía dejar que Harry se enfrentara con lo que estuviera tramando Rosy. Decidió que sería divertido dejarlo a su suerte.

-Supongo que no tendrá nada que ver con la compañía de juegos de ordenador Bradford -se interesó Rosy.

-En realidad, es el dueño de la compañía.

Rosy sonrió.

-¡Estupendo! -atravesó la habitación y le mostró un trozo de papel-. Esta es una lista de los últimos juegos que no han salido aún. Pídeselos. No puedo esperar más.

-Ni hablar.

Ella lo miró con desprecio.

-¿Me estás diciendo que eres grande, pero no tan grande?

Aprovechando que Harry estaba distraído, le quitó un archivo de las manos y lo escondió entre un montón de papeles que había sobre el escritorio.

-Estoy francamente decepcionada -continuó Rosy-. Pensé que, realmente, podías conseguir cualquier cosa.

-Si no fuera por que estoy en deuda contigo.. -gruñó Harry.

-Sí, sí, mucho rugido. Pero a mí no me asustan los lobos grandes y malos.

-¿Los leones tampoco te dan miedo? -preguntó él-. Porque soy especialista en parecer uno cuando me interesa.

La respuesta de Rosy fue una risita de colegiala, que distaba mucho de la imagen de mujer dura y avispada que quería dar.

En cuanto la muchacha salió y la puerta estuvo cerrada, Madison lo interrogó.

-¿Y bien? ¿Por qué estás en deuda con ella?

-Es un asunto personal.

-¿Qué tipo de...?

-Se me ocurre una idea. ¿Por qué no te vienes conmigo a ver a Bradford?

No estaba dispuesta a dejarlo escapar fácilmente.

-¿Me preguntas eso para cambiar de tema?

-Te estoy hablando directamente de otra cosa.

Madison recapacitó sobre la oferta y dejó de lado su pregunta. Ya tendría ocasión de ahondar en lo que le debía a Rosy en otra ocasión.

-De acuerdo, iré contigo. Aunque me gustaría que me explicaras por qué, de repente, quieres que lo haga.

-Está ha sido una semana estupenda. Hemos tenido alguna que otra pelea, pero tienes que admitir que algo está sucediendo entre nosotros.

Ella no se molestó en negarlo. Era evidente que no podían mirarse sin que el deseo de tocarse surgiera, y no podían tocarse sin que desearan besarse. Pronto los besos los llevarían más allá, y ella no sabía si sería capaz de resistirse.

-¿Qué tiene que ver Bradford con nuestra relación?

Él se tensó.

-Quiero que sepas realmente quién soy. Quiero que me veas en todas mis facetas.

Ella tardó un minuto en darse cuenta de lo que trataba de decirle.

-¿Temes que mi opinión sobre ti cambie una vez que te vea trabajar? ¿Que mis sentimientos puedan cambiar?

Su mirada se hizo oscura.

-Sí, algo así.

-Pero ya he visto esa parte de ti. Llevamos toda la semana trabajando juntos.

-No. Llevamos una semana jugando a trabajar.

-¿Cómo puedes decir eso? ¿Con lo que me has hecho pasar, te parece un juego?

El sonrió.

-Yo me he divertido. ¿Tú no?

-Pues no -a pesar de que haber podido pasar tanto tiempo con él había sido estupendo-. Bueno, un poco sí.

-Puedo enseñarte claramente las diferencias entre trabajar y jugar -le tendió la mano-. Todo lo que tienes que hacer es venirte conmigo.

No había duda de que se trataba de un reto.

Ella lo aceptó y enlazó sus dedos con los de él. -Entonces, déjame que llame a Bradford para decirle que vamos para allá.

-¿Así veré al verdadero Jones en acción?

No consiguió que él se riera.

-Verás una buena parte, sí.

-¿Y qué me dices del resto, de la parte de ti que no voy a ver con

Bradford?

-Cuando quieras te la puedo mostrar, para que me des tu opinión profesional. Puede, incluso, ser aquí y ahora.

-Solo hay un problema.

-¿Cuál?

-Que no puedo prometerte una opinión profesional, pero sin duda será el criterio de una parte muy interesada... muy, muy interesada.

-Madison, quiero que conozcas a Kent Bradford, presidente de Bradford Software.

Madison le tendió la mano con la esperanza de que su sorpresa no se hiciera patente. El muchacho que le presentó no parecía haber superado la mayoría de edad y era, sin embargo, el director general de una de las principales empresas del sector.

-Encantada de conocerlo, señor Bradford.

-Llámame Kent -sonrió él-. Solo tengo veintidós años.

Ella hizo una mueca.

-¿Se me ha notado el gesto de extrañeza?

-No. Apenas si has parpadeado. El que no hizo ni el más mínimo amago de reacción fue este tipo -dijo, dándole un puñetazo en el brazo a Harry, que no se movió-. Parece que nada lo perturba.

-Y bien, ¿cuál es el problema, Bradford? -estaba claro que Harry no tenía intención alguna de perder energía socializando-. Pensé que lo teníamos todo controlado.

En un instante el muchacho bromista se transformó en un hombre de negocios.

-Yo también lo pensaba. Pero algo ha ido mal durante los tres últimos meses.

-¿Qué?

-No lo sé. Por eso te he llamado.

-Hazme un resumen. Kent se encogió de hombros.

-Bien. Estoy perdiendo dinero, mucho dinero. Y no sé cómo ni a dónde se está yendo.

-Pero ese no es mi trabajo. Yo me dedico a decirte dónde tienes que invertirlo cuando lo tienes, no dónde se va cuando lo estás perdiendo.

-Lo sé. Pero no puedo confiar en nadie más.

-Contrata a un auditor.

-Ya lo he hecho y no han podido encontrar nada.

-¿Fue la empresa que yo te recomendé?

-No, porque no estaban disponibles cuando los necesitaba. Me dirigí a una empresa pequeña.

-Entonces te sugeriría que dejaras de hacerme perder el tiempo y llamaras a la empresa que te dije. Si ellos no pueden encontrar nada, entonces vendré.

Madison parpadeó. Si aquella era la cara de sí mismo que Harry le quería mostrar, sinceramente podría habérselo evitado.

-Pero, ya que estamos aquí, ¿no podríamos echar un vistazo?

Kent se volvió hacia ella con un gesto de alivio.

-Gracias, realmente os agradecería que me ayudarais. Mi compañía despegó un poco antes de tiempo, y yo todavía no estaba preparado para ello. En ese momento fue cuando llamé a Harry. El fue quien me aconsejó lo que debía hacer, antes de que alguien se aprovechara de mi estupidez.

Harry cambió de posición y eso fue todo lo que hizo falta para que Kent se callara. Sin duda, el león acababa de marcarse un tanto, dejando clara su autoridad con un simple gesto corporal.

-Puesto que, al parecer, nos vamos a quedar aquí, gracias a la naturaleza compasiva de la señorita Adams, sugiero que vayamos directos al grano. Dime exactamente qué cambios has hecho en la compañía en los últimos tres meses.

El director le explicó detalladamente los pasos que había seguido. Los cambios habían sido realizados según los consejos que el mismo Harry le había dado.

-Parece que todo lo has hecho correctamente.

-Gracias a ti. Tú me has convertido en un verdadero hombre de negocios.

Harry sonrió.

-De acuerdo, Bradford. Soy tuyo por un día, aunque tendrás que agradecérselo a Madison, que es la que me ha convencido.

Kent asintió.

-Lo que tu digas, Harry -miró a Madison-. Muchas gracias. Ya encontraré el modo de compensarte por esto.

Ella inmediatamente pensó en la lista de juegos que había pedido Rosy.

-No perdamos el tiempo -volvió a intervenir Harry-. Lo primero que necesito es una secretaria, una lo suficientemente lista como para no decir por qué estamos aquí. Luego, quiero un terminal de ordenador y todas las claves de acceso a todos los departamentos.

Durante las siguientes horas, Harry le demostró a Madison a qué se había referido cuando le decía que lo que habían estado haciendo durante toda la semana no había sido sino jugar. Nunca había visto a nadie tan centrado. Uno a uno, fue analizando y explicándole el funcionamiento financiero de cada departamento.

Una vez concluido el análisis, esperaba que hubiera llamado uno a uno a los jefes de cada departamento, pero no lo hizo.

-Si el dinero está desapareciendo, alguien es responsable -le explicó-. Si empiezo a llamar a la gente, el culpable se va a dar cuenta de que estamos tras su pista y se va a fugar. Si puedo sorprenderlo, hay posibilidades de que podamos recobrar el dinero. Tengo la esperanza de que haber superado la anterior auditoría haga que se confíe e, incluso, que se descuide.

A última hora de la tarde, Kent apareció por allí de nuevo.

-¿Has descubierto algo?

-Yo no soy un auditor profesional, y todo en apariencia parece estar bien. Quien está haciendo esto ha cubierto las huellas con mucho cuidado. Solo me queda por revisar las cuentas de vuestro contable.

-Ese es el departamento de Linc Smith. No creo que vayáis a encontrar nada ahí.

Madison alzó la cabeza de repente.

-¿Linc Smith? -Madison respiró profundamente y suspiró porque no fuera cierto lo que estaba pensando-. ¿Es él quien emite los cheques?

-Sí -dijo Kent-. Lo he contratado para hacer eso. Es tan joven como yo, y parece muy listo.

Ella miró a Harry.

-Sé que no quieres alertar a nadie, pero deberíamos ir a verlo.

Harry no dudó.

-De acuerdo.

Kent agarró el teléfono.

-Voy a avisarlo de que vamos para allá.

Madison le quitó el teléfono.

-Será mejor que le demos una sorpresa -sugirió-. Podríamos sorprenderlo ahora mismo.

Kent asintió y se dirigió hacia la puerta. Pero, de pronto, Harry se detuvo.

-Podríamos estar equivocándonos.

Madison negó con la cabeza.

-Estoy segura de que vamos a poder aclarar todo esto hoy mismo. Pero dudo que lo que encontremos vaya a ser muy agradable.

-Bradford ya sabía eso antes de llamarme.

El departamento de contabilidad estaba en la planta tercera. Tomaron el ascensor y se dirigieron hacia allí sin hablar. La puerta de la oficina de Linc estaba cerrada y Harry tomó la iniciativa de

abrir sin llamar.

Madison fue la que pasó primero. Al verlo, se confirmaron sus peores sospechas.

-Hola, Lincoln -saludó ella a su primo pequeño-. Algo me decía que te encontraría aquí.

-¡Madison! -una compleja variedad de emociones se mostró en su rostro: sorpresa, .ansiedad y pánico salieron a la vez-. ¿Qué está pasando? ¿Qué haces aquí?

-Yo creo que tú lo sabes perfectamente -ella trató de mantener la calma-. Ya veo que mi padre te ha metido en el negocio familiar.

-Soy el contable, ¿es a eso a lo que te refieres?

Ella comenzó inevitablemente a temblar y nada podía ayudarla a detener ese temblor. Ni siquiera le ayudaba el tener a Harry detrás.

-Que yo sepa, el verdadero negocio no es la contabilidad.

-¿Cuál es, entonces? -preguntó rápidamente Kent.

Madison sintió que las mejillas se le encendían.

-El fraude y el robo.

Con desesperación, Linc se dirigió a su jefe.

-Señor Bradford, tiene que escucharme. Esta mujer está loca. Yo solo me dedico contabilizar las entradas y salidas y a escribir los cheques. Eso es todo, lo juro.

-Espero que así sea -dijo Kent con inesperada y sorprendente ecuanimidad-. Por si acaso, vamos a revisar las cuentas.

Harry entró entonces en escena y le tendió la mano.

-Es hora de que me presente. Soy Harry Jones, el hombre que se encarga de que nadie trate de jugar sucio con el dinero de Bradford.

Linc abrió los ojos asustado.

-¿Jones, Harry Jones? -se tropezó tontamente y estrechó la mano de Jones como pudo.

En ese momento, Madison supo dos cosas: que su primo era, sin duda, culpable y que Harry era realmente alguien que intimidaba, porque la gente tenía motivos para temerlo.

Ella había tratado de negar aquello. Seguramente, había sido la única persona en el mundo que no había captado la dimensión de su prestigio. Incluso Rosy se había dado cuenta, aun cuando había optado por una contienda continua.

Por eso había insistido en que lo acompañara, porque quería que viera quién era realmente. Nada de eso cambiaba lo que ella sentía por él, aunque sí podía ser que lo sucedido cambiara lo que él sentía por ella.

-Por tu expresión, me da la sensación de que has oído hablar de mí.

-Mi tío me habló de Harry Jones -dijo Lincoln, dándose cuenta de inmediato de lo que acababa de decir-. Me gustaría llamarlo, si fuera posible.

-Creo que necesitas más bien un abogado criminalista. En lugar de a mi padre, deberías llamar al tío Tyler.

Para Madison aquello fue demasiado duro. No solo se trataba de un caso de fraude protagonizado por un familiar cercano, sino que, probablemente, su propio padre había participado en ello. Había otra parte de todo aquello que la desencajaba, un fragmento de su pasado que no podía colocar en su sitio.

Sin decir nada más, se dio media vuelta y se marchó. El seco ruido de sus tacones resonaba con fuerza, mientras se dirigía hacia la salida, sin saber bien cuál sería su destino final.

Mientras avanzaba por el pasillo, sintió una firme mano que la detenía.

-¿Adónde vas? -le preguntó Harry.

-No lo sé -respondió con pánico-. Fuera de aquí.

-¿Por qué? ¿No te das cuenta de cuánto nos has ayudado? Seguramente has salvado la empresa de Kent.

-¡Maldita sea, Harry! ¿No lo entiendes? Es mi primo. Su nombre verdadero es Linc Adams.

-Lo siento, Madison -dijo él-. Pero sabes que eso no cambia en absoluto lo que ha de hacerse.

Estaba claro que todavía no lo entendía.

-Lo sé. Pero esa es solo una de las razones por las que estoy así.

-¿Cuál es la otra?

Ella señaló en dirección a la oficina de Linc con la mano temblorosa.

-Yo soy parte de ellos. Podría haber sido yo.

-¿De qué estás hablando? Tú no eres como él, no te pareces en nada. Puede que no te conozca desde hace mucho, pero sé que no harías algo así. Puedo entender que no quieras ayudarnos a sacar todo esto a la luz, pero...

-¡No, no entiendes nada!

-Pues, entonces, explícamelo.

-No puedo hacerlo aquí y ahora. Solo quiero advertirte de que tengas cuidado. Linc no es nadie, pero la gente que lo rodea hará cualquier cosa para protegerlo, y son muy poderosos.

-Tendré cuidado.

-Cuida también de Kent.

Madison se limpió las mejillas y se decidió a darle a Harry toda la información necesaria para que pudiera terminar su trabajo.

Conocía bien las tácticas de sus familias y se las explicó con todo detalle.

-Con un poco de suerte, no será aún demasiado tarde y, tal vez, podáis recuperar el dinero.

-¿Por qué no te quedas hasta que organice un poco las cosas aquí?

-No puedo -dijo ella, sintiéndose incapaz de enfrentarse a Linc otra vez.

-De acuerdo, Madison, vete si es lo que necesitas hacer. Pero esta discusión no ha terminado.

-Lo sé -dijo ella-. No te olvides de conseguirle los juegos a Rosy.

-Esos juegos no son mi principal preocupación.

-Pues lo van a ser si no los consigues -ella dudó un momento, y luego continuó-. Y me gustaría que encontraras un modo de que Rosy y Kent se conocieran.

-¡No me lo puedo creer! ¿Estás haciendo de casamentera cuando el mundo se está desmoronando a tu alrededor?

Ella se encogió de hombros.

-Quizá pueda salir algo bueno de todo esto -se le quebró la voz y se dio cuenta de que se iba a desmoronar una vez más.

-Madison, cariño, por favor, quédate.

-No puedo.

-Entonces prométeme que vendrás al hotel después, por favor.

-Lo intentaré, pero no lo sé. Si no puedo, te veré en la oficina mañana -de pronto, recordó que ya lo habían revisado todo-. Tienes razón, ya está todo terminado, ¿verdad?

-No hemos terminado, para nada.

-Pues, de algún modo, a mí me da la sensación de que sí.

CAPÍTULO 9

Principio 9: El sexo es estupendo, pero hacer el amor es mejor.

EL SOL se estaba poniendo cuando ella llegó al hotel de Harry. Tenía las palmas de las manos sudorosas por el nerviosismo, pero era consciente de que le debía una explicación mejor que la que le había dado.

Llamó a la puerta de su habitación antes de pensárselo dos veces.

Harry abrió. No parecía precisamente feliz.

-Madison, tienes graves problemas -le dijo él. La tomó en brazos y la metió en el recibidor. Luego cerró la puerta de una patada.

-¿De qué estás hablando? ¿Te has vuelto loco? -la pregunta reverberó con rabia y frustración.

El la llevó hasta el salón y allí la dejó. Luego le mostró su bolso.

-Me refiero a esto. Te lo dejaste en la oficina. En cuanto me di cuenta salí en tu busca. Me he recorrido toda la ciudad tratando de encontrarte. No tenías ni dinero ni móvil.

Ella se encogió de hombros.

-He llamado a un taxi -respondió.

La explicación no pareció calmarlo.

-¿Y cómo lo has pagado?

Ella se puso en jarras, dispuesta a no dejarse avasallar por sus modales.

-Tengo crédito con una de las principales compañías de taxis de la ciudad. La tía Dell se pierde con frecuencia. Ya soy mayorcita, Harry. Sé cuidar de mí misma.

-Si hoy es un ejemplo de eso, creo que deberías cambiar de criterio de evaluación. Toda tu familia ha sufrido un ataque de pánico.

¿Su familia o Harry? No lo preguntó.

-Supongo que debería haberte llamado, pero necesitaba tiempo para pensar -ella se alejó un poco de él-. Además, he llamado a Rosy. Le dije que te avisara que vendría al hotel a última hora de la tarde. No es culpa mía que ella no te lo dijera.

-Lo que me recuerda que tengo que tener unas palabritas con esa chica, no solo por eso, sino por algo más -dijo él.

Madison lo miró fijamente.

-¿Qué más ha hecho?

-Aparte de guardarse información de vital importancia, ha venido aquí sin mi permiso y me ha «redecorado» la habitación -dijo él, señalando hacia el comedor.

Madison vio que la mesa estaba puesta para dos, con copas,

vajilla e, incluso, velas.

De acuerdo, tenía razón en que no tenía derecho a presentarse allí y entrar sin su consentimiento, pero lo que había hecho no tenía mal aspecto. No era un motivo para enfadarse.

-Quizá tengas razón en eso de que mi familia está tratando de juntarnos -admitió Madison-. Creo que está claro que Rosy ha decidido prepararnos un escenario adecuado.

-Pero eso que ves no es lo peor. Lo peor es que nos ha traído la cena.

-¿Y qué hay de malo?

-Que consiste en chocolate, miel y nata.

-Vaya...

Harry comenzó a caminar de un lado a otro de la sala.

-También ha añadido unas instrucciones y son lo suficientemente explícitas, como para que me niegue a permitir que esa mujer se acerque a Kent. ¡Es una maníaca sexual! No voy a dejar que pervierta a ese chico. Deberías leer algunas de las cosas que me ponía en el mensaje.

Madison se ruborizó.

-Harry...

-Aún no he terminado. No solo puso la mesa y trajo la cena, sino que dejó mi cama llena de flores y pétalos que, según deduzco, habrían de acabar en lugares a los que no pertenecen ni las flores ni los pétalos. También trajo un árbol.

-¿Te trajo un árbol?

-A mí no, a ti. De las ramas penden sobrecitos con preservativos de todos los colores y estilos.

-¡Cielo santo! Siento que Rosy te haya hecho enfadar.

Él dejó de andar de arriba abajo.

-No es ella la que me ha hecho enfadar. No le costó mucho saber a quién se refería.

-La que te ha hecho enfadar he sido yo, ¿verdad?

-Sí. Y no me refiero solo a que hayas desaparecido. Eso es solo una parte.

-¿Entonces?

-Me refiero a que me has estado evitando por causa de ese terror tuyo al compromiso. Me refiero al modo en que has reaccionado con lo de Bradford hoy. Y estoy hablando del modo en que has salido huyendo ante la más ligera señal de que me estaba aproximando -se cruzó de brazos y la miro fijamente-. ¿Qué ocurre, Madison? Explícamelo todo de una vez, por favor.

Ella respiró profundamente. Harry se merecía que fuera

totalmente sincera con él, aunque la verdad pudiera ser dolorosa.

-Sinceramente, no creo que las cosas estén funcionando entre nosotros.

-¿Por qué? -la pregunta salió afilada y cortante, aun a pesar del aparente aire de calma.

Ella se dirigió hacia la ventana y apartó las cortinas.

-Somos demasiado diferentes.

-Esto tiene algo que ver con Linc, ¿verdad?

-No, no tiene nada que ver. Pero el incidente me ha hecho ver ciertas cosas.

-¿Qué cosas?

-Por ejemplo... que venimos de mundos diferentes.

Él se aproximó a ella.

-Yo, sin embargo, diría que tenemos muchas cosas en común.

-Te equivocas.

-¿Tú crees? Veamos -se aflojó el nudo de la corbata-. Los dos somos prácticos.

Ella alzó la barbilla en un gesto desafiante.

-Yo estoy descubriendo que no soy tan práctica como creía ser. Es más, mi modo de actuar en las dos últimas semanas no ha sido en absoluto práctico.

Él se quitó la corbata.

-Los dos somos buenos en nuestro trabajo.

-Dirás que tú eres bueno en tu trabajo, yo solo juego.

Él continuó como si ella no lo hubiera interrumpido.

-Los dos sabemos aconsejar a la gente sobre qué es lo mejor para su dinero.

-Pero no estamos, ni con mucho, en la misma categoría. Si mi padre te conoce es que eres grande, muy grande.

-Ya te lo dije. Si tú decidiste no creerme no es culpa mía. También te advertí que mi presencia solía intimidar.

-No me lo recuerdes. Supe que eras un león desde la primera vez que te vi. Debería haberme dejado guiar por mi instinto.

-¿Y por qué no lo hiciste?

-Porque, para entonces, ya... Bueno... en el ascensor... -ella resopló con exasperación-. Sabes a qué me refiero. Fue muy injusto que me besaras de aquel modo, como si fueras una persona normal, y luego resultar alguien completamente distinto cuando la luz se encendió.

-Solo trataba de hacerte sentir segura. En ningún momento pretendí engañarte -acababa de quitarse los gemelos y los dejó sobre la mesa-. La razón por la que has tratado de obviar la verdad

es que no has querido afrontar las consecuencias.

-¿A qué te refieres?

-A que has agarrado a un león por la cola y no sabes qué hacer con él.

-Bueno, ahora ya lo sé. Lo estoy dejando en libertad.

-Es demasiado tarde -se quitó el cinturón rápidamente, y este resonó en el aire como un látigo-. Me temo que te vas a tener que quedar con él.

-¿Por qué haces esto? ¿Por qué sencillamente no admites que no está funcionando y dejas que se acabe?

-Quieres decir, «y dejo que te vayas».

-Sí.

-No -se quitó la camisa y la dejó caer en el suelo. Todo en él era intensamente masculino: su torso, su olor, su potente musculatura-. Admítelo, Madison. Tú me deseas tanto como te deseo yo.

-¿Necesitas que lo diga? Bien. Te deseo. Me gustaría acostarme contigo una noche o dos, sin pensar en nada más. Pero luego me gustaría decirte adiós.

-¿Es eso lo hay entre nosotros, solo sexo?

Ella no tenía ninguna duda en afirmarlo tajantemente.

-Eso es todo.

-Y unas cuantas noches de sexo serían suficientes para acabar con esto, ¿verdad?

-Estoy convencida de ello.

-Entonces, ¿a qué estamos esperando? -la tocó suavemente con un solo dedo, que recorrió su barbilla y descendió por su cuello-. Allí hay una habitación. ¿Es eso todo lo que quieres y necesitamos?

-Sí.

Era la verdad. Lo había deseado desde el primer momento. Quizá se había dejado convencer por aquellos estúpidos principios de Bartholomew Jones, pero, de algún modo, siempre lo había tenido claro. Harry y ella se parecían en muchas cosas, pero eso no significaba que estuvieran hechos el uno para el otro ni nada semejante. En su futuro, no estaba escrito semejante sueño.

Pero, al menos, tenían una noche.

-Harry -susurró ella-, podemos tener una relación si no hay ataduras ni compromisos.

-¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

-Lo estoy -su respuesta la excitó y apareció cierta urgencia en su voz-. Por favor, Harry, hazme el amor.

-¿Amor? ¿No es sexo lo que quieres?

Ella lo miró confusa.

-Sí, eso es lo que quiero.

Él inclinó la cabeza.

-Pues eso es lo que te voy a dar.

Su boca tomó posesión de la de ella. Su tacto era fuerte y decidido y ella se rindió a él sin dudarlo. Él le quitó la chaqueta del traje y luego procedió con la blusa. Entre pieza y pieza iba besando seductoramente cada rincón de su cuerpo.

-¿Es esto lo que quieres?

-Sí, esto es lo que quiero.

Hundió los dedos entre su pelo y liberó los rizos sujetos hasta dejar que cayeran como una cascada sobre sus hombros y se posaran sensuales sobre sus pechos.

-Nada de ataduras -insistió él-. Solo sexo.

El selló su boca con un beso para evitar cualquier objeción. Si solo tenía una noche, quería obtenerlo todo de ella y necesitaba que ella también lo obtuviera todo de él. Pero tenía que ir poco a poco.

Le quitó el sujetador y atrapó sus senos en las manos. Eran suaves y turgentes, tentadores. Lentamente, bajó la cabeza y besó cada pezón con dedicación. Ella se estremeció y su respiración se aceleró.

-¿Más? -preguntó él.

Ella parecía incapaz de decir ni una sola palabra, pero sí pudo asentir con ansia.

Harry la desnudó por completo, con mucha lentitud y suavidad, excitándola cada vez más.

Deslizó la mano entre las piernas de ella y comenzó a acariciarla, sintiendo su feminidad húmeda y preparada para recibirlo.

-Por favor, Harry, no puedo esperar más.

-No, todavía no. Tócame primero, Madison -le pidió él-. Demuéstrame que soy yo el hombre al que necesitas esta noche, que no es ningún otro.

Ella se estremeció ante aquella orden. Tras un momento de duda, comenzó a acariciarlo. Deslizó los dedos por su torso y descendió hasta el ombligo. Luego posó los labios sobre su cuello, mientras introducía la mano por los pantalones.

-Es a ti a quien deseo, Harry, solo a ti.

Un gemido se escapó de su boca. Siempre había presumido de su control, pero aquel único y leve contacto de Madison casi lo vuelve loco. No podía haber emoción, no podía haber romance, solo eran un hombre y una mujer movidos por un deseo elemental.

Pero no podía seguir. Estaba demasiado cerca de acabar, de

darle justamente lo que ella le había pedido: sexo. Sin embargo, si eso sucedía, ambos lo lamentarían después y acabarían por sentirse engañados. Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y se decidió a poner fin a todo aquello.

-Bien, vamos a entrar en materia -dijo de repente.

-¿En materia? -ella abrió los ojos sorprendida-. ¿De qué estás hablando, Harry?

-Estoy hablando de que podemos usar la miel o el chocolate. ¿0 tú preferirías la nata?

-No, claro que no. No entiendo nada. ¿Qué está pasando?

-Te voy a dar lo que me has pedido: sexo, caliente, irresponsable. Mañana ya no recordaré ni tu nombre -la miró con impaciencia-. Es eso lo que querías, ¿no?

Ella agitó la cabeza, completamente confusa.

-Ya está bien, Harry. Haces que esto parezca...

-¿Sórdido?

Ella se estremeció y miró de un lado a otro, como si de pronto se hubiera dado cuenta de dónde estaban y de lo que estaba ocurriendo.

Se encogió, cerrándose como una flor incómoda por el frío de la noche.

-Todo esto ha sido un error. Creo que debería marcharme a casa.

-Tienes razón, es un error -con todo cuidado la tomó en sus brazos-. Pero tienes que dejarme que te demuestre por qué.

Harry no le dio opción a protestar, sino que, simplemente, la besó una vez más.

Pero en aquella ocasión, le dio todo cuanto ella no quería recibir. Le hizo tiernamente el amor a sus labios y, al principio, ella se tensó, pero, luego se dejó llevar, relajándose poco a poco.

De pronto, las caricias se convirtieron en algo más que un mero juego erótico, se transformaron en un sutil lenguaje que le decía lo que realmente sentía por ella.

Madison regaló sus oídos con dulces palabras que él no podía formular, y sus gestos y acciones cobraron una seguridad infinita.

-¿Es esto lo que quieres? -le preguntó él.

-Sí, claro que sí.

-¿Sexo?

-No -dijo ella-. Lo siento, Harry. Estaba equivocada. Quiero que me hagas el amor.

No necesitó oír nada más. La tomó en sus brazos y se le llevó al dormitorio.

Lentamente, la dejó sobre la cama, y el olor de las hojas y los

pétalos bajo su peso lo llenó todo, resultando más estimulante de lo que él jamás habría pensado.

-Recuérdame que le dé las gracias a Rosy -murmuró él.

-¿Las gracias? Pensé que tenías intención de matarla.

-Primero le daré las gracias y luego la mataré.

Y a partir de aquel momento, ya no hablaron, más allá de unas cuantas palabras susurradas en el fragor del momento.

Su encuentro los llevó al éxtasis y, tras el clímax, se quedaron unidos, el uno en brazos del otro.

Pero la misma Madison que había pedido una unión fugaz, sintió el lazo irrompible que se había creado. Lo supiera o no, se había comprometido con él.

Y él no estaba dispuesto a dejarla escapar.

Al despertarse, Madison no sabía cuánto tiempo llevaba durmiendo. Solo sabía que aquella había sido la noche más apacible de su vida. La generosidad de Harry había ido más allá de lo que jamás habría esperado. La pasión había estado presente, pero cargada de amor.

Amor. De pronto, se dio cuenta de lo que había sucedido realmente. Había pedido un encuentro casual y se había sumergido en algo definitivo, en un amor que inexorablemente los unía, quisiera ella admitirlo o no.

Pero Harry había sido consciente desde el primer momento y la había obligado a bajar la guardia y a reconocer la verdad de lo sucedido.

Lo miró. Estaba dormido en la cama, con la indolencia de un león. Se alarmó al comprobar hasta qué punto sus emociones eran fuertes. ¿Es que su vínculo había crecido tanto en solo una noche?

En silencio, ella se escapó de la cama y se dirigió a la ventana. La ciudad dormía. Daba la sensación de que el tiempo se hubiera ralentizado.

Apoyó la cabeza en el cristal y se quedó pensativa. Se había enamorado de Harry. ¿Qué demonios le estaba pasando?

-¿Cariño? -él se levantó y la agarró desde atrás-. ¿Qué te pasa?

Ella se dejó abrazar, se dejó llevar.

-Soy una necia.

-¿Por qué? ¿Porque no te diste cuenta de lo que nos estaba sucediendo desde el principio?

-Sí. Por pensar que podríamos pasar por una relación, siendo algo superficial y sin que nadie saliera herido.

-Dices «pasar», como si se tratara de una enfermedad. ¿Es que sigues sin darte cuenta? Yo no solo quiero tu cuerpo, te quiero a ti,

tu corazón, tu alma.

-Harry...

-No, Madison, no me interrumpas -miró su rostro perfecto-. Estoy hablando de matrimonio, de algo definitivo. Lo quiero todo, desde el «érase una vez» hasta el «felices para siempre».

Aquellas eran las palabras que una mujer se pasaba toda la vida queriendo oír, por eso, precisamente, dolían tanto.

-No, Harry, no quieres eso. Porque yo no soy la mujer que tú crees que soy.

Él le besó la frente y ella apoyó la mejilla sobre su pecho.

-Eres todo lo que necesito en mi vida y más.

-Harry...

-Madison, antes de que discutamos el futuro, hay algo que te tengo que contar, algo que te he estado ocultando.

-Ya somos dos -murmuró.

Él no pareció escucharla.

-Yo quería habértelo dicho, pero Sunny me dijo que esperara.

Ella se quedó perpleja.

-Realmente voy a necesitar tener una charla con mi abuela -dijo.

-La verdad es que te lo quería haber dicho el primer día, durante la comida, pero esa comida nunca tuvo lugar. Luego ocurrió lo del ascensor y empezaste a decir todas aquellas cosas sobre el libro.

Ella se apartó ligeramente.

¿Adónde quieres llegar?

El respiró profundamente y tomó su rostro entre las manos.

-La verdad es que fui yo el que escribió Los diez principios del amor, no mi padre.

CAPÍTULO 10

Principio 10: Confia en tu instinto. Si piensas que una persona puede ser la adecuada para ti, vete tras ella. No permitas que el miedo o la duda se interponga en el verdadero amor.

MADISON tardó un minuto en asimilar las palabras de Harry. Cuando lo hubo hecho, se apartó de él. -¿Tú escribiste el libro?

-Sí.

Se retiró rápidamente, como necesitando poner tanto una distancia física como emocional.

¿Y por qué es tu padre el que lo firma?

El atravesó la habitación y agarró unos vaqueros del armario.

-Yo se lo pedí. Soy economista, Madison. Nadie me tomaría en consideración si me pongo a escribir sobre temas amorosos -se puso los pantalones-. Además, yo no soy un buen vendedor. No me puedo presentar sonriendo a la gente y estrechando manos. Me volvería loco. Además, tengo un negocio que llevar.

-Pero a tu padre sí le gusta vender, ¿es eso?

-Le encanta socializar y tratar con gente. Y, además, cree en mi libro.

-¿Tú no?

Se encogió de hombros.

-La verdad es que empezó como una mera distracción a la que me dedicaba entre vuelo y vuelo, y terminó siendo un libro. Cuando me quedé sin ideas, le mandé todo el material a mi padre. Pensé que así nos podríamos reír un poco de mis insensateces. Pero, en lugar de eso, lo que hizo fue organizar todo el material y mandó el manuscrito a un agente. Así que podríamos decir que somos coautores. La verdad es que él le ha dedicado más tiempo y esfuerzo que yo.

-¿Por qué no me dijiste la verdad de inmediato?

-No sé, ¿quizás debería habértelo dicho nada más entrar en el ascensor, cuando lo catalogaste con las peores palabras que pudiste encontrar, después de haber leído solo tres páginas?

Ella se puso en jarras.

-Siento haberte ofendido tanto. Pero estoy segura de que no soy la única persona a la que no le gusta que le den instrucciones en un manual de sexo de cómo llevarse a un hombre a la cama.

-Tienes razón. ¿Para qué necesitas eso, cuando puedes decirle «solo quiero sexo sin ataduras»?

-¡Ese ha sido un golpe bajo!

-Tan bajo como decir que mi libro es un manual de sexo. Si te hubieras molestado en leerlo, te habrías dado cuenta. Pero tomaste

una decisión al respecto antes de haberlo abierto.

Ella levantó la barbilla con insolencia.

-Tienes razón. Si lo hubiera leído, quizás habría ido reconociendo los principios según los ibas ejecutando. Asumo que de eso se han tratado las dos últimas semanas, ¿no es así? ¿He sido yo también un experimento?

-Sigue Madison, no te detengas. Estas ansiosa por acusarme de cualquier cosa, de poco ético por ejemplo. Así tendrás una excusa para salir huyendo.

-¡No estoy buscando una excusa para salir huyendo! -lo miró fijamente, y rectificó-. Bueno, tal vez sí. Pero no pienso que seas poco ético. Eres la persona más honrada que he conocido. Y te aseguro que mi conocimiento de lo contrario me acredita para garantizar que lo que digo es cierto.

Su reconocimiento no lo apaciguó en absoluto. Se pasó la mano por la nuca, con una expresión de disgusto.

-Aprecio tu evaluación, pero la verdad es que no estaríamos teniendo esta discusión si yo hubiera sido capaz de seguir mis propios principios. El principio siete habla de la integridad y la honestidad -dijo él-. Trataré de no volver a olvidarlo. Pero el verdadero problema es otro.

-¿Cuál?

-Que estás buscando una excusa para romper el lazo que se creó entre nosotros anoche. Mi error de no haberte dicho que el libro era mío es la perfecta excusa para que huyas.

Tenía toda la razón y reconocerlo solo hacía que se sintiera más furiosa.

-¿Quieres que sea verdaderamente sincera? De acuerdo. Tienes razón, tengo miedo. Para mí es tremendamente duro estar aquí, discutiendo. Si estuviera vestida, agarraría la puerta y me marcharía ahora mismo. ¿Qué te parece?

Él sonrió amargamente.

-Muy sincera. Creo que esconderé tu ropa cada vez que tengamos una discusión.

Aquella afirmación parecía dejar patente la sugerencia de un futuro común.

Se miraron en un silencio tenso durante unos segundos. Luego, él salió de la habitación y regresó con su ropa.

-Toma -le dijo, y se la lanzó sobre la cama-. Creo que ya hemos dicho todo lo necesario.

Se dio la vuelta y volvió a salir, cerrando la puerta.

Madison no perdió un minuto. Soltó la sábana y se vistió a toda

prisa.

En cuanto terminó, salió al salón. Allí estaba Harry, sus emociones ocultas tras su máscara de hombre duro.

-¿Puedes al menos decirme si he sido una especie de experimento o algo así?

-Creo que eres tú la que debe decidir lo que piensa al respecto -dijo él y se aproximó a la ventana. Apoyó la frente sobre el cristal-. Madison, ha llegado la hora de que te vayas.

-Harry...

-No te sientas, mal -la interrumpió-. Yo lo he intentado, pero no ha funcionado. Es el principio número diez, por si te interesa saberlo.

Ella dudó unos segundos. Pero al ver que él no reaccionaba, que permanecía inmóvil, agarró su maletín y su bolso y atravesó la habitación.

Tenía razón. Estaba utilizando su discusión para huir. Y cuanto más se alejaba, más le gritaba una voz interior que se detuviera, más la instaba a ir hacia él y a decirle lo que sentía, a contarle por qué no podía comprometerse con nadie. Pero era una historia que nunca había contado, que ni siquiera los Sunflower sabían y que no se atrevía a contar.

Así que, en lugar de seguir a su corazón, se marchó camino al purgatorio.

Madison abrió la puerta de la oficina, con patente cansancio. Por algún motivo, las luces estaban apagadas y ella las encendió.

-¡Sorpresa!

Toda la familia estaba allí reunida, con gorros de fiesta y matasuegras. Durante un segundo, Madison se quedó boquiabierta. ¡Era su cumpleaños! Lo ha bía olvidado por completo.

De pronto, al ver las sonrisas de toda su familia, se echó a llorar.

Todos los asistentes comenzaron a murmurar.

-¿Qué sucede?

-¿Qué pasa? Rosy gruñó.

-Se trata de Harry. ¿Por qué será que los hombres son incapaces de seguir unas sencillas instrucciones? Siempre lo estropean todo.

Madison negó con la cabeza.

-No, no ha sido él, te equivocas. He sido yo... -las lágrimas le impedían hablar.

Sunny se aproximó a ella y la abrazó.

-Tranquila. Cuéntale a tu abuela lo que pasa.

-Lo he estropeado todo -consiguió decir-. Con Harry, lo he arruinado todo...

-¡Pero si era nuestro regalo de cumpleaños! -afirmó Rosy indignada.

-¡Cállate, Rosy! -le ordenó Daniel-. Esto es importante. Me gustaría ocuparme de este asunto a partir de ahora. Sé que he cometido muchos errores ayudando a gente en el pasado, pero creo que esta vez puedo hacerlo bien.

Por primera vez en la historia de la familia, nadie lo rebatió.

Daniel esperó a que todo el mundo saliera de la oficina. Cerró la puerta y acercó a ella.

Sacó un sobre del bolsillo de su chaqueta.

Madison lo miró con curiosidad.

-¿Qué es eso, tío?

-Es tu regalo de cumpleaños -dijo él-. Cada uno de nosotros tenía que hacer que se cumpliera un principio del libro. Los siento, pero no he sabido llevarlo a cabo. Lo más que puedo hacer es entregarte esto, a ver si puede servirte de algo.

Ella sonrió.

-Gracias. Os doy las gracias a todos por haber sido tan buenos conmigo. No solo con lo de Harry, sino aceptándome cuando más os necesitaba.

-No hace falta que nos des las gracias. Nos alegró mucho a todos tenerte de vuelta. Y has hecho mucho por nosotros estos últimos años -volvió a ofrecerle el sobre-. Toma.

-¿Qué es?

-La verdadera razón por la que Harry vino a Seattle.

Ella miró el sobre con sorpresa.

-Pero esto parece...

-Sí, son tus apuntes sobre tu hombre perfecto. Tu abuela se los envió a Bartholomew para ver si le servían de base para su siguiente libro. Fue una decisión estúpida e irracional, porque ni Bartholomew ni Harry habrían utilizado nunca este material. Sin embargo, recibir estas páginas fue lo que incitó a Harry a venir aquí. Encontró algo en ellas que le hizo pensar que erais compatibles.

-No puede ser. El vino porque Sunny se lo pidió.

-Te equivocas -insistió Daniel con la mirada fija y segura-. Su llegada no tuvo nada que ver con los Sunflower, los asuntos financieros ni el libro. Vino aquí por ti...

-Y yo ni siquiera he tenido suficiente confianza en él para hablarle...

-¿Del pasado?

A Madison le tembló la barbilla.

-Hay cosas que ni siquiera os he contado a los Sunflower, cosas terribles -susurró.

Daniel suspiró.

-¿Sabes qué día es hoy?

-Mi cumpleaños.

Él le puso las manos sobre los hombros.

-Es mucho más que eso, Madison. Es el día en que decidiste cambiar de vida. Por eso celebramos así todos tus cumpleaños.

Así que lo sabían todo, sabían su secreto.

-¿Desde cuándo? -preguntó con la voz estrangulada.

-Desde siempre. Tu padre se encargó de que no se nos escapara detalle.

-¿Y a pesar de todo me aceptasteis?

-Por supuesto. Eres parte de nuestra familia, y siempre estaremos aquí para ayudarte. Lo que trae a colación el problema con Harry. Supongo que lo que te ocurre con él es producto de no haberle dicho la verdad.

-No puedo, no me siento capaz de decírsela.

-¿No confías en él?

-Sí, claro que confío -dijo sin mucha firmeza.

-Claro, por eso estás aquí lamentándote, en lugar de estar con él.

De pronto, la verdad apareció ante ella clara y patente. ¡Había sido una necia! Durante años, sin haber sido consciente, su padre había seguido controlando sus acciones, manipulándola. Porque, incapaz de creer en ella misma, se había estado escondiendo de la vida. Eso la había llevado al extremo de poder perder lo más importante: Harry.

-Soy una idiota.

Daniel sonrió.

-Estoy de acuerdo.

-Voy a buscarlo.

No perdió ni un solo segundo. Abrió el armario y sacó un archivador. Con eso, su bolso, y el sobre que su tío le había dado, salió de la oficina.

Harry abrió la puerta después de que Madison llamara por segunda vez.

-¿Qué puedo hacer por ti? -le preguntó en un tono impersonal.

-¿Por qué no me lo dijiste? -lo interrogó ella, pasando sin ser invitada. El se apartó-. ¿Por qué no me dijiste que mi cuaderno sobre el hombre perfecto tenía exactamente los mismos principios que tu libro?

Él se cruzó de brazos y la miró con una expresión remota.

-¿Por qué no te leíste mi libro?

-De acuerdo, tienes razón en eso -admitió.

-¿Cómo has descubierto las coincidencias?

-Porque llevo dos horas a las puertas del hotel, llorando desconsoladamente, mientras lo leía.

-No estaba escrito para hacer llorar.

-Pues me ha hecho llorar. ¡Lo siento, Harry! Si hubiera leído el libro desde el principio, todo habría sido mucho más fácil.

-La verdad es que me has estado volviendo absolutamente loco.

-Lo siento, lo siento.

-Es que tienes que sentirlo.

Ella se aproximó a él y le puso las manos sobre los hombros.

-A pesar de todo, aún hay algo que no sabes.

-Tu cuaderno me lo dijo todo sobre ti.

-Te equivocas.

Ella suspiró y se quedó en silencio unos segundos, tratando de encontrar las palabras adecuadas. No existían tales palabras, solo existía la verdad.

-Dijiste anoche que pensabas que nos parecíamos, pero no es cierto. Hay una gran diferencia entre tú y yo.

-¿Cuál es?

-Mi ética. Soy tan mala como mi primo Linc. Puede que incluso peor.

Él se tensó.

-Explícate.

Ella te tendió el archivador.

-Aquí está todo sobre mí -sintió unas tremendas ganas de correr que contuvo. Se obligó a sí misma a mirarlo a los ojos-. Te dije que mi padre era un ladrón y un mentiroso, pero lo que no conté es que me enseñó a mí a hacer exactamente lo mismo. Una vez que se dio cuenta de que me parecía más a él que a mi madre, se aseguró de que me convirtiera en uno de ellos.

Él se aproximó a ella y la agarró de la barbilla.

-No entiendo.

Madison sintió el dolor del miedo y la frustración.

-Me enseño a engañar y a estafar. En cuanto tuve edad suficiente, me buscó un trabajo a tiempo parcial en una compañía, para poder robar. Yo era el contacto interior, la persona encargada de obtener información crucial para poder entrar en sus sistemas. Después de todo, ¿quién iba a sospechar de una niña?

Harry maldijo en alto.

-¿Cuántos años tenías?

-Dieciséis.

-Pero te alejaste de todo aquello.

-No hasta que no me pillaron.

Harry reaccionó con un ataque de rabia. Parecía una tormenta desatada y feroz.

-Juro que, aunque sea lo último que haga, ese hombre pagará por todo.

Madison se aproximó a él y lo tocó. Sorprendentemente, su tacto actuó como un bálsamo.

-Él es en parte culpable de lo que me sucedió, pero no lo es del todo. Yo era como él, disfrutaba con lo que hacía, disfrutaba del poder y el riesgo.

-¿Qué fue lo que te convenció para no seguir su camino? ¿Qué te pillaran?

-No. Las consecuencias de aquello fueron nulas. Mi tío Tyler estaba allí para defenderme.

-¿Entonces?

-Sunny me llamó el día antes de cumplir los dieciocho años. Entonces me di cuenta de que me estaba perdiendo, de que no era quien yo quería ser. De pronto, decidí cambiar y rectificar el mal hecho a los Sunflower. Pero todavía hay más y es peor.

Harry la abrazó con fuerza.

-Cuéntamelo todo de una vez, para que podamos olvidar el pasado para siempre.

Madison sintió un nudo en la garganta. Tenía la sensación de que las palabras no iban a poder salir.

-Yo fui la que enseñó a Linc. Lo que ha ocurrido en Bradford no ha sido culpa suya, sino mía. Era mi primo pequeño. Yo debía haberlo protegido y no lo hice.

-Pero gracias a ti se ha salvado.

-¿Qué quieres decir?

-Después de que te marcharas lo confesó todo, incluso añadió información muy útil para poder poner fin a la carrera delictiva de tu padre. También nos pidió ayuda para salir de la influencia de la familia. Dijo que tú lo habías logrado y que él quería hacerlo también -él le acarició el pelo-. No te traicionó en ningún momento, no contó nada sobre ti. Solo hablaba de ti con admiración, como un ejemplo a seguir.

Ella no pudo evitar echarse a llorar.

-¡He tenido tanto miedo, miedo de confiar en la gente y decepcionarla cuando descubrieran que no soy lo que parezco! También he tenido miedo del compromiso, a causa del divorcio de

mis padres, y miedo de amar a la gente por temor a que se marcharan.

-Por eso reaccionaste así ante lo de Sunny y mi padre.

Ella asintió.

-Me entró el pánico cuando me enteré de que estaba con Bartholomew, de que iban a casarse y a marcharse al Este. Los Sunflower son mi único apoyo y protección. Temía volver a convertirme en una Adams otra vez.

-Eso jamás ocurrirá.

-Ahora lo sé -dijo ella, agarrando la solapa de su chaqueta-. Harry...

Una suave luz de esperanza iluminó los ojos de él.

-¿Qué?

-Te quiero.

-Has tardado algún tiempo en darte cuenta.

-Demasiado. Pero, ¿es muy tarde ya?

-¿Cómo puedes preguntarme eso? -la besó apasionadamente-. Te quiero, Madison. Me enamoré de ti después de leer las primeras palabras de tu cuaderno y ese amor creció aún más cuando te sentí en mis brazos, en aquel ascensor oscuro.

-¿A pesar del modo en que yo desprecié tu libro?

-Sabía que si lo hubieras leído, no podrías haber pensado así. También sabía que quería a la mujer que había escrito aquellas palabras, porque eran exactamente las mismas que las mías.

-Tengo una última confesión que hacerte.

-¿Cuál?

-Creo que me enamoré de ti aquel primer día en el ascensor.

Él la miró con una refrescante brizna de humor y ella se sintió reconfortada.

-¿Amor a primera vista?

-Más bien, amor al oír por primera vez tu voz, al sentir por primera vez tu tacto. Pero, sobre todo, al disfrutar de nuestro primer beso -lo abrazó con efusividad-. Creo en ti, Harry, creo en tu libro, creo en tu integridad y en tu amor.

El respiró aliviado.

-¿Significa eso que ya no temes un compromiso conmigo?

-¡Claro que no! Quiero empezar desde el «érase una vez» y acabar con el «felices para siempre».

-En ese caso -la tomó en sus brazos-, será mejor que empecemos de inmediato, porque tenemos mucho que disfrutar.

Ella se acurrucó en su pecho.

-Podríamos empezar en el comedor. Tenemos todavía mucha

miel, mucho chocolate y mucha nata.

-Y muchos pétalos y hojas que nos inunden con su aroma, amor mío, muchos...